

REVISTA EUROPEA

NÚM. 283.

27 DE JULIO DE 1879.

AÑO VI.

CEREMONIAS DE LOS FUNERALES EN EL JAPON

Muy difícil es hoy conocer en detalle las diferentes ceremonias fúnebres que se celebraban en el Japon en las más lejanas épocas. Para dar una idea de ellas, citaremos solamente algunos hechos notables tomados de antiguos relatos de la historia del Japon (Kogiki y Niphonki). Se verá qué importancia daban nuestros padres á las ceremonias fúnebres.

Cuando Ama-no-Vakahiko murió (mil años antes de nuestra Era), hizose construir un edificio que se llamó *Moya*, en el que se expuso el cadáver hasta el día de su enterramiento. Se nombró además cierto número de funcionarios encargados de arreglar el ceremonial de los funerales. Parece que en aquella época, lo mismo que se practica hoy, los amigos y conocidos del difunto se apresuraban á dar el pésame á los individuos de la familia, prodigándoles frases de consuelo.

Á la muerte de Izanaghi-no-Mikoto, se hizo construir un palacio llamado Akali-no-Mya, nombre que quiere decir palacio de luz, cuyo local era análogo al que hoy se designa con el nombre de Capilla ardiente. Dicho edificio se destinó á igual uso que el que ántes citamos, es decir, á exponer en él el cuerpo del difunto.

Desde el reinado de Ninighi-no-Mikoto hasta el de Ninno, hubo la costumbre de describir detalladamente todas las nuevas tumbas en un libro especial, por cuya razon se conocen hoy todas las tumbas de nuestros antiguos emperadores.

El período de más de tres mil años que nos separa de aquel tiempo, no ha destruido esas tumbas, perfectamente conservadas todavía, y los aniversarios se celebran siempre con bastante regularidad. Por esto se puede juzgar el respeto que infunden los manes de los antepasados y el cuidado con que se procura conservar piadosamente su recuerdo.

En cierta época, la importancia que se dió á los funerales, condujo á incalificables abusos, hasta tal punto, que cuando un emperador moría, eran sepultados con él todos los

que durante su vida le habian rodeado, y á más se destinaban sumas enormes para la construcción de las tumbas imperiales, que á veces duraba muchísimos años. Tan locos dispendios y horribles sacrificios humanos de nada servian seguramente.

El año veintiocho del reinado del emperador Soui-Zui (tres ántes de nuestra Era), una ordenanza imperial prohibió para lo sucesivo aquella bárbara costumbre, mandando sustituir con imágenes de barro á las personas vivas.

Al principio, las personas de la clase elevada se inhumaban en un doble ataúd, cuya caja exterior era de piedra. La sepultura estaba revestida de fábrica por su parte interior. Después de ocupada, se cubria con un montecillo de tierra, en el cual se plantaba un árbol.

Hoy, en los departamentos de Iamato, Kawati, Harima, etc., se ven muchos montecillos y tumbas de este género, que cuentan más de dosmil años. Se ve tambien algunas veces montones de guijarros rodeados de una faja de piedra ó de barro. Las tumbas de esta clase se encuentran con frecuencia destruidas por la acción de las aguas. Entónces se descubre en ellas muy amenudo espadas, guarniciones, espejos metálicos, pedrerías, ornamentos y diversos objetos de tierra cocida. Todos estos objetos, tan preciosos para la arqueología, se conservan cuidadosamente en los museos de antigüedades.

En el reinado del emperador Kimmei (año 552 de nuestra Era), la religion búdica, que hoy apenas tiene adeptos en el Japon, apareció en aquel país, empezando á extenderse por todo el imperio hacia el segundo año del reinado de Soni-Ko. Desde entónces, la inhumación de los cuerpos se hizo siempre y en todas las clases segun los ritos de la religion búdica. La cremación de los cadáveres se empezó á practicar el año 680 de nuestra Era. Esta costumbre se generalizó cada vez más, siendo adoptada hasta por los emperadores, y sin que haya sido abolida hasta estos últimos años.

La mayor parte de las antiguas composiciones poéticas de pésame, nos enseñan detalladamente todo lo que se relaciona con

esta clase de inhumacion. Citar aquí ejemplos seria demasiado largo.

El esplendor y el lujo desplegados en las ceremonias de los funerales, es decir, en todo lo concerniente á la pompa exterior de tales ceremonias, fueron llevados á la exageracion á medida que la civilizacion progresaba.

Aquellos que estaban de duelo llevaban un traje especial. En la Edad Media, y hasta una época que no excede de cuatrocientos años, este traje debia ser de una tela gris, y se llamaba *Fougi-goromo*. Más tarde se dejó de usar, y en los últimos tiempos sólo se llevaba una túnica blanca puesta encima del traje ordinario. Pero éste tampoco se sigue ya desde hace veinte años. Hé aquí en qué consiste el luto actualmente: los hombres no se afeitan; las mujeres no se trenzan el cabello ni llevan adorno alguno; y unos y otros se abstienen de comer carne, pescado, huevos y legumbres de olor fuerte, así como tambien se privan de toda clase de placeres mundanos, y hacen decir oraciones por el descanso del alma del difunto, lo mismo que en la religion cristiana es costumbre mandar aplicarles misas. Esto es todo lo que hoy queda de los antiguos usos de los japoneses en lo que concierne al duelo.

Hacia el fin del siglo xv de la Era Cristiana, los portugueses quisieron propagar, en Hirado, la religion católica, y lo consiguieron. No solamente el pueblo, sino tambien ciertos magnates de aquella época, abrazaron con ardor la religion nueva. Además, aprovechándose los portugueses de la tendencia general de los espíritus en nuestro país, arrastraron al pueblo y se pusieron á conspirar contra la autoridad. El gobierno tomó entonces una resolucion enérgica: desterró á los conspiradores y prohibió practicar la nueva religion, que no por eso dejó de tener secretos partidarios.

En 1637, algunos de estos fanáticos se rebelaron abiertamente, refugiándose en la plaza fuerte de Sima-Bara, en el departamento de Hizen. La autoridad empleó años en sofocar completamente aquellos disturbios. El Cristianismo fué proscrito rigorosamente en el Japon, y desde la nobleza hasta la última clase del pueblo, todo japonés tuvo que presentar al Gobierno un certificado expedido por un sacerdote budista, acreditando que no pertenecian á la religion cristiana. Tal disposicion convirtió á los sacerdotes budistas en agentes de policia, y todo el mundo, aun las personas que no profesaban la reli-

gion búdica, se apresuraron á adoptar para los enterramientos los ritos de esta religion. En el Budismo, despues del enterramiento, se celebra todos los dias un oficio durante siete semanas consecutivas, y al cabo del año otro nuevo; despues, á cada aniversario, tres, siete, trece, diez y siete, veintitres, veintisiete, treinta y tres, treinta y cinco, cincuenta y cien años despues de la defuncion.

Pasado el centenario, los descendientes del difunto se limitan á decir un oficio cada cincuenta años.

Desde hace algun tiempo, hay personas que mandan hacer los funerales segun los ritos de Sinto (doctrina antigua del Japon), ó segun los ritos de Zjoudo (doctrina de los sabios chinos).

Desde la gran reforma de estos últimos años, el gobierno japonés admite todas las religiones, y no indaga á qué culto se pertenece.

Los entierros pueden, pues, hacerse hoy libremente, segun los ritos de la religion que se quiera.

Se ha visto que en otro tiempo se hacian para los nobles sepulcros de piedra. Pero desde hace mucho tiempo se sigue la costumbre de construirlos, en su parte exterior, de cobre ó bronce, y por el interior de madera, dándole cierto baño para impedir en lo posible la putrefaccion del cuerpo. Hoy, para la clase del pueblo se hacen generalmente de madera ó barro, y para los pobres se construyen de madera en forma de tonel. En cuanto al carro fúnebre, va cubierto con una tela blanca; á cada lado lleva colgados algunos faroles de papel blanco. El número de faroles y la importancia del cortejo varían segun la condicion del difunto. Despues del entierro, se coloca en el cementerio una reliquia, en el mismo sitio en que se ha depositado el cadáver, y se la rodea con un número de faroles más ó menos considerable. A los cuarenta y siete dias se quitan estos objetos, y se coloca en su lugar una tumba de piedra en cuyo frente se graba el nombre del difunto y la fecha de su muerte. Muchas veces se graba tambien alguna inscripcion alusiva á las cualidades del difunto y á los principales hechos de su vida.

En fin, para concluir, diremos que la *cremacion*, de la que ántes hemos hablado, y que por espacio de mucho tiempo ha estado en uso en el Japon, se practica todavia con mucha frecuencia, especialmente en la secta de Zio-do (secta del Budismo). Hay

también personas que, por una disposición testamentaria, mandan *cremar* su cuerpo.

Tal es, en resúmen, la historia de los usos japoneses antiguos y modernos, en lo que concierne á las ceremonias de los funerales.

MASANA MAEDA.

LA PAIRÍA HEREDITARIA

Y LA VITALICIA

LA CÁMARA DE LOS LORES EN EL REINO UNIDO

Conclusion.

IX

LA PAIRÍA HEREDITARIA, PREFERIBLE COMO PRINCIPIO GENERAL, ES INACEPTABLE COMO REGLA PARA TODOS LOS PAÍSES.—VENTAJAS DE LA PAIRÍA VITALICIA Y SUS INCONVENIENTES.

Desacertado consideramos formular, desde luégo, una censura contra la conducta seguida por la Cámara de los Lores, cuando tantos juicios caben, así en pro como en contra de algunos de sus actos. En los asuntos políticos es demasiado vaga la idea de la verdad, que sólo aparece declarada tal por la historia, atendiendo á los resultados obtenidos, cuando pueda juzgarse ya con frialdad sobre hechos realizados, y no existan probablemente las personas que en ellos directamente intervinieran.

La armonía entre ambas Cámaras, obtenida, no por consecuencia de la fuerza de una de las partes y de la debilidad de la otra, sino del respeto y reconocimiento mutuos de los deberes, también mutuos, hará que, cediendo todos, según el bien del país exija, los dos Cuerpos Colegisladores contengan recíprocamente sus exigencias, sin aspirar á predomínios, que son siempre ocasionados á graves males.

La institución de la Pairía vitalicia, adoptada como exclusiva, aún sin llegar á hacer de aquel sistema una segunda expresión temporal de la voluntad popular, manifestada en más ó ménos amplia escala, según la forma de las elecciones de que sea producto, pero sin dar participación alguna al principio hereditario, podría desnaturalizar la índole y las condiciones á que debe obedecer.

Aceptado por muchos hombres políticos y escritores de derecho público el sistema de la Pairía vitalicia, no puede negarse que fué

poco feliz el ensayo en la nación vecina. Habiendo la experiencia demostrado que no servía para contener el empuje democrático, adquirió allí mayor fuerza la opinión de los que se habían opuesto á su planteamiento, en nombre de los principios conservadores, al aprobarse la reforma de la *Carta* francesa en Diciembre de 1831.

No trato de entablar ahora una discusión teórica, en la que se ventile si las Cámaras vitalicias ó las electivas son las preferibles siempre, en cualquier país, como sistema exclusivo; desechando uno mixto, según el cual puedan combinarse ambos elementos. Respetamos desde luégo, y sólo como una excepción, el sistema adoptado en Inglaterra, tal como ahora se halla establecido allí el principio del derecho hereditario; esto es, reemplazando con un personal nuevo la parte del anterior que vaya desapareciendo, por la muerte de los Pares que no dejen herederos de su dignidad.

Aun renovándose paulatinamente la Pairía con los hombres más eminentes por sus servicios al Estado ó por sus talentos públicamente reconocidos, irreprochables por su carácter y capaces de dedicarse por completo al fomento del bienestar de su país, es necesaria la posesión de una autoridad real, que se funde, cuando se trata de Cámaras hereditarias, en el goce de una posición social sólida y permanente, y de aquella respetabilidad que es la consecuencia natural de haber desempeñado durante largo tiempo su elevado cargo.

Mucho ménos he de detenerme en refutar si sería todavía mejor la existencia de una sola Cámara, aserto cuya bondad rechazan hasta no pocos partidarios del sistema republicano, al convenir en que el gobierno representativo será imposible sin la coexistencia de los Cuerpos Colegisladores, excepto en los países muy civilizados, donde la democracia fuese omnipotente. Pero es punto difícilísimo, y caso poco ménos que inconcebible, que la educación general llegue á tal altura que permita se entregue con entera seguridad al poder popular exclusivamente el cuidado de dirigir todos los negocios públicos.

El ejemplo de Inglaterra no debe servir de base para defender, como sistema general el principio de que la herencia sea aplicable á todas las naciones, aún cuando no reúnan las circunstancias casi especiales á aquel país, que han constituido y constituyen la

respetabilidad é importancia de la Asamblea aristocrática inglesa.

Dejo ya expuesto, en vista de lo observado en muchos casos de distintos países, que es una teoría exacta la de que la independencia de la Pairía debe estar en razon inversa del uso inmoderado de la facultad en la Corona para nombrar Pares vitalicios. Pero es tambien indudable que no siempre se han obtenido resultados que desacrediten la práctica de semejante derecho; y por lo mismo no han de fijarse límites arbitrarios para restringir la extension de dicha facultad, bajo el temor de que los elegidos se conviertan en opositores del poder y de la voluntad real.

Esto no obsta para que los amantes del sistema liberal, sinceramente practicado, hayan de defender la tésis de que mientras exista el sistema hereditario combinado con otros, ya que no como principio exclusivo, hay más probabilidades en favor de la mayor independencia de las Cámaras así constituidas.

Elocuente prueba en este concepto es lo ocurrido en Francia, cuando Cárlos X tuvo necesidad de crear setenta y seis Pares, para anular la resistencia que á los actos de su Gobierno oponian los que en la Cámara alta hacian causa comun con el elemento avanzado de la Asamblea popular, y cuya creacion fué declarada nula á la raíz de los acontecimientos políticos de Julio de 1830. Aquella resistencia será siempre un timbre de gloria, que hablará muy alto en favor del sistema del derecho hereditario en la Pairía.

No coincidieron la caída de la antigua monarquía y su sustitucion por la que alguno llamó monarquía republicana, con la creacion, realizada año y medio despues, de los Pares vitalicios, en reemplazo de los hereditarios, inamovibles en sus cargos, y que, creados en número indefinido, podian ser nombrados con aquel carácter por el Rey, segun la *Carta* de 1814, vigente durante la época de la monarquía legítima de los Borbones.

Circunstancia merecedora siempre de recuerdo, como enseñanza para los hombres de gobierno, es que los mismos ministros de Luis Felipe que propusieron mal de su grado, en Agosto de 1831, que se alterase la base fundamental de la institucion de la Cámara de los Pares, defendian este pensamiento sin entusiasmo y contra su conviccion personal. Despues de haber conseguido evadirse de los primeros y más fuertes embates de los

partidos que en el año inmediato anterior habian quedado triunfantes, en nombre de los principios revolucionarios, creyeron necesario hacer una concesion á las exigencias del momento.

Fué ésta una débil transaccion con los propósitos de los que se alababan de abrigar en sus pechos el sentimiento de la dignidad popular; pero que eran, al mismo tiempo, combatidos cruda y enérgicamente por los que desde el poder sostenian la legalidad y la libertad combinadas con el órden público, en contra de la insurreccion, del desenfreno y la anarquía. Olvidóse entónces que los únicos títulos que la democracia reconoce, cuando desatentada procede así, son los que dimanen de la fuerza; pues, prescindiendo de cuantas consideraciones tengan por base la virtud y el saber, no cuida, en su frenesí, de atemperarse á lo que el deber y la razon aconsejan. El ascendiente moral carece de toda fuerza ante las muchedumbres, si son ignorantes, y ademas abrigan prevenciones hacia los representantes de la autoridad pública.

Bien se comprende que aludo á la época del ministerio presidido por Mr. Casimir Perier, hombre, segun él mismo se calificaba, de circunstancias y de lucha, más que aficionado á entrometerse en discusiones parlamentarias. M. Guizot, apesar de su disentiimiento en algunos puntos con aquél, porque el ilustre jefe del partido doctrinario era un defensor más resuelto y enérgico del órden moral, no ménos que del órden político, y partidario de la resistencia en principio, así como de la de hecho, no vaciló en hacerle justicia. Sin ánimo de censurar á aquel hombre importante de la historia moderna de Francia, á quien cupo en suerte ejercer el poder en época muy difícil, dice de él que le eran poco familiares las meditaciones filosóficas, de imaginacion ardiente, temperamento irritable, alma fuerte, voluntad enérgica, é inteligencia más firme que profunda. En la cuestion de la Pairía, Mr. Perier tuvo que luchar, pero prefirió ser vencido en sus convicciones.

No abrigaban grandes esperanzas en la bondad de la reforma de la Pairía, en el sentido de hacerla exclusivamente vitalicia, ni aún sus mismos autores, cuando la calificaban de necesidad sensible, que no podia prescindirse de satisfacer.

Lastimosa presion de las circunstancias fué ésta; vistos sus resultados, en 1848 algunos de los partidarios de las dos Cáma-

ras, movidos probablemente por el despecho, siempre mal consejero, prefirieron la creacion de un Senado electivo ó de una sola Asamblea, á la conservacion de una Cámara alta, si habia de ser exclusivamente vitalicia. Esta consideracion ha servido de nuevo motivo para arraigar más la idea de que, en épocas normales, la Pairía exclusivamente hereditaria, en los puntos donde constituya no una casta, sino una institucion política por sí sola, ó procurando en los demas combinarla con elementos distintos, pero todos permanentes y conservadores, será el baluarte más seguro de los Tronos y el mejor escudo para la independenciam de los actos legislativos.

Existe un argumento á favor de las Cámaras vitalicias, de gran fuerza en verdad. En ellas, por las circunstancias de los miembros que las componen, y que llegan á formar parte de la corporacion en edad ya proveya, se observa un mayor número de vacantes por defunciones; lo cual permite llamar á su seno un número tambien mayor de personas notables y entre ellas las verdaderas ilustraciones del país. Hay, pues, un medio de suplir la garantía de la herencia con la de los hombres distinguidos de la nacion, que tendrian así más probabilidades, y hasta si se quiere la seguridad de ser llamados á ocupar puestos en la Asamblea, por lo mismo que estarían más frecuentemente disponibles.

X

LA CÁMARA DE LOS PARES HEREDITARIA EN FRANCIA.

La digna conducta observada por los que, entre otras medidas importantes, habian rehusado plantear en Francia la ley del restablecimiento de los mayorazgos, rechazando á la vez una ley represiva de la imprenta, en sesiones secretas, segun la forma que consentia el art. 32 de la Carta de 1814, aunaba bien dos circunstancias que pudieran considerarse antagónicas. Eran éstas, de una parte el ejercicio de la prerogativa ejercida en general á favor de todo gobierno, mientras no se aparte sistemáticamente de la línea de conducta á que debe atenerse una institucion que respete los principios fundamentales á que han de sujetarse sus actos; y por otro concepto, el uso de la libertad que aconsejaba el conocimiento de las necesidades y de las aspiraciones públicas.

La posicion personal de los Pares ántes de Julio de 1830, les permitia comprender bien que fuerzas muy distintas y guiadas por móviles muy diversos habrian de concurrir al desarrollo de sucesos inminentes. La legalidad constituida no gozaba del prestigio necesario para combatir las pasiones aviesas dominantes que habrian de tender, segun lo hicieron despues de su triunfo, á hacer y deshacer á su arbitrio los gobiernos, armando á unas clases de la sociedad contra las otras.

Pero esto no se logra sólo porque las Cámaras aristocráticas, como cuerpos políticos, tengan una elevada representacion para imponerse, así á los gobernantes poco cuerdos y previsores, como á los partidarios de libertades inmoderadas. Es indispensable que cada uno de los individuos de aquéllas, por su abolengo ó por sus actos en el uso provechoso de la riqueza, en la manifestacion pública de sus conocimientos jurídicos, administrativos ó literarios, y en su popularidad, tomada la palabra en el buen sentido, sea personalmente, en el concepto público, merecedor de la distinguida investidura de que se halle en posesion.

La influencia aneja á la posicion de miembro de poder legislativo en las altas Cámaras, no se debe sólo al valor real y á la veneracion que va unida á las tradiciones históricas, cuando éstas son dignas de respeto. Dimana tambien de la consideracion que hayan sabido conquistar los individuos de las clases medias, procedentes por la notoriedad de sus servicios, su talento ó su fortuna, circunstancias que, predominando en las sociedades modernas, legitiman el carácter popular que llegó á adquirir la Cámara de los Lores.

Si los vencedores de 1830 en Francia hubiesen cuidado de realizar una concordia sincera, que no habria sido entónces muy difícil, y mucho ménos imposible, entre dos influencias rivales ántes, la de las clases nobles y la de las clases medias, ya prepotentes, los resultados habrian podido ser muy distintos. Lícito será insistir una vez más en que habria sido ésta una ventaja para el planteamiento de las bases en que debe apoyarse cualquier gobierno liberal templado, si ha de contar con probabilidades de permanencia en el poder y con medios de contrarrestar los embates, así de un despotismo intransigente y avasallador, como de una democracia niveladora y desbordada.

Semejante concesion pudo, ademas, haber

sido otorgada sin graves inconveniencias políticas, cuando la patrocinaban hombres distinguidos, ardientemente conservadores sí, pero comprometidos en la revolución, nada sospechosos, por lo mismo, para los partidos liberales, procedentes todos ellos de la mesocracia, y que ofrecían la conciliación de una manera digna y nada deshonrosa, como garantía de estabilidad para las nuevas instituciones. Entonces hubiese podido ser aceptada por la gran mayoría de los que, estando afiliados con arreglo á sus convicciones á antiguos compromisos monárquicos, ya que no dinásticos, no habrían creído por ello rebajada su consecuencia hacia los principios fundamentales del orden social.

Medio poco á propósito para disminuir las dificultades es el alegar, por lo contrario, con un espíritu poco conciliador y muy anti-patriótico, que debe prescindirse del despecho de una aristocracia caída del poder y sin influencia, aunque envanecida y envidiosa, que habrá de conspirar siempre contra la creación de superioridades nuevas, nacidas de instituciones que pesan igualmente sobre las ambiciones burladas que sobre las pasiones vulgares.

De haberse establecido, en provecho de todos, un sólido lazo político, se habría observado desde entonces un adelanto progresivo en la defensa de los verdaderos fundamentos sociales, y la garantía para lo sucesivo, de que cuantos intervinieron en el manejo de los negocios públicos asumirían igual responsabilidad, así para el amparo de respetables intereses análogos, según sus creencias políticas, como para el cumplimiento de no ménos altos deberes, también recíprocos.

Pero ¡cuán cierto es que la lógica de las pasiones es pedir más y más, á medida que se ven satisfechas sus exigencias, mientras que el deber de la prudencia y la cordura será tomar tanto mayor número de garantías, cuantas más concesiones se hayan hecho!

XI

REGLAS PARA LA HERENCIA DE LA PAIRÍA EN INGLATERRA.

No dejan de ser curiosas algunas de las reglas por las que se rige el orden de la sucesión en la herencia de la Pairía inglesa.

Pasa, en primer lugar, á la línea masculina, con preferencia á la femenina, dentro de un mismo grado.

Las mujeres, á falta de varones de su línea, pueden suceder en aquella dignidad y trasmitirla á sus descendientes; pero sin que se prive á ningún varón, que represente á su padre ya difunto, del derecho preferente que tiene sobre el de sus tías y hermanas mayores de edad que él.

La Pairía desaparece si sólo hay hembras en el mismo grado, para recoger la herencia del último titular, á no ser que el Rey hiciese mención expresa de alguna de ellas para otorgarle la gracia, con la cláusula de que pase precisamente á los varones que constituyan su descendencia.

Desde Jorge II no se ha concedido la Pairía por derecho propio á mujer alguna; por lo cual, si la Corona quisiera recobrar un ejercicio que ha caído en desuso, aún cuando no se halle expresamente derogado, y procediese á hacer nombramientos por aquel concepto, éstos constituirían, en sentir de muchas personas, una ilegalidad.

La mujer que, siendo Par, por derecho propio, se case con una persona ajena á su clase, conserva su derecho; pero lo pierde cuando hubiese adquirido la dignidad por su primitivo matrimonio. Si la mujer, que es noble por su nacimiento ó por su casamiento, contrae nuevo enlace con otro Par, aún cuando de una categoría inferior, no deja de ser Duquesa, por ejemplo, siendo su esposo sólo Conde, Vizconde ó Baron. La regla es que, como de cualquier modo sea noble, todos serán entre sí *iguales*—Pares.

XII

LOS PARLAMENTOS EN LAS COLONIAS INGLESA.

La organización de los Parlamentos que existen en varias de las principales posesiones coloniales inglesas, merece especial, ya que no pueda ser minucioso, estudio.

La Constitución del Canadá, propuesta por Pitt, hijo del hombre que puede considerarse como uno de los autores de su conquista á los franceses, realizada por completo en 1760; propuesta de Constitución que fué combatida rudamente por muchos de los personajes políticos más importantes de su época, estableció en 1791 una segunda Cámara vitalicia, cuyos miembros eran en su totalidad elegidos por la Corona; y aún cuando otorgaba al Monarca la facultad de nombrar Pares hereditarios, jamás usó el Rey de este derecho. Quiso de semejante manera consolidar la nueva dominación en aquellas

apartadas regiones y hacerla más aceptable, fomentando, al mismo tiempo, el poderío de la patria comun.

La interesante colonia inglesa de la América del Norte no podía ser, ni fué, una excepción de los países donde existen altas Cámaras vitalicias. Arreciaron cada vez más las discusiones entre la que allí había y la Asamblea popular; y como llegase á perturbarse, por consecuencia de ellas, la regularidad en la marcha de todos los negocios, así públicos como particulares, nada de extraño fué que se exigiera perentoriamente la abolición de la Pairía. La verdad es que ésta no era una institución aristocrática en el Canadá, ni tenía afinidades verdaderas con las de su índole; carecía de autoridad y del espíritu de cuerpo; natural á los que son responsables ante sus comitentes, puesto que carecía de ellos, al paso que tampoco la Corona ejercía una influencia eficaz sobre la Cámara, después de verificado el nombramiento de sus miembros.

Resultó así, por lo mismo, ser la Asamblea moderada objeto de todos los ataques y víctima de todos los sarcasmos.

No había, pues, otra alternativa que la revolución, que el poder real tuvo fuerza suficiente para poder dominar; pero, renacida pronto la guerra civil, la provincia de Quebec presenció, once años después, incendios desoladores y no pocos actos criminosos; habiendo sido, entre otros edificios notables, presa de las llamas las Cámaras del Parlamento y apedreado el Gobernador inglés por un populacho desenfrenado, en las calles de Montreal, ciudad la más importante del Canadá.

La ley de 1850 y otras posteriores, relativas á la Constitución de las Colonias de la Australia, no sólo son la confirmación del descalabro de la Pairía vitalicia en aquellos países, sino una prueba nueva de que el principio político de sostener allí Cámaras únicas, es tal vez la medida más aceptable, por ser la expuesta á menores inconvenientes. La índole peculiar de la clase de aficiones, quehaceres y estudios de los habitantes que constituyen aquella población, han hecho que la Pairía deje de servir de barrera de ninguna especie para la democracia; aun cuando ésta fué la razón principal que se había alegado en defensa de su planteamiento.

En la Nueva Gales del Sur, en Victoria y en Trasmánia, ó sea la Tierra de Van-Diemen, se conservan las dos Cámaras; pero

con la diferencia de que la alta, en el primero de aquellos apartados dominios, es de nombramiento del Gobernador con su Consejo ejecutivo, y la baja es electiva; mientras que en cada una de las otras dos posesiones inglesas los colonos eligen ambas Asambleas.

Muy distinto es lo que sucede así en la Australia meridional como en la occidental; habiéndose adoptado en ellas un término medio, á manera de transición entre las diferentes opiniones que existen acerca de este grave punto. El poder legislativo reside en una sola Cámara, cuyos miembros son nombrados en una tercera parte por la Corona, y los colonos eligen las otras dos.

De todas las colonias restantes inglesas creo deber mencionar sólo la Jamaica, cuya Constitución política es la más antigua, como que existe desde hace dos siglos; y la del Cabo de Buena Esperanza, que data únicamente de 1853. Una y otra Colonia tienen dos Asambleas, pero con notables diferencias. En la Jamaica la Cámara alta se compone, en parte, de funcionarios públicos de las categorías superiores, que tienen allí asiento de oficio; y en parte, de miembros vitalicios, nombrados por el Gobernador local. En el Cabo es de elección popular, como sucede con la de los Diputados, que en número de cuarenta y seis perciben individualmente la indemnización diaria de una libra esterlina.

Aun cuando los legisladores del Canadá y los de la Jamaica están facultados para poder modificar la Constitución respectiva á cada una de aquellas colonias, por sí propios, el Gobernador general no puede prescindir de someter, ántes de plantearla, cualquiera alteración á la Corona, por si creyese inconveniente el aprobarla; mientras que para todos los restantes negocios se amplía su autoridad hasta el punto de ser sólo potestativo en el Gobernador, pero no obligatorio, realizar la consulta.

Esto no impide que se considere una verdad, según May dice en su obra titulada *Historia constitucional de Inglaterra*, que esta nación, en el hecho de aprobar las Constituciones por las que se rigen sus Colonias, se ha declarado la creadora en ellas de democracias casi republicanas. Y no es ménos innegable, asimismo, que los países que forman estas Colonias, en vez del nombre de tales, merecen perfectamente el de Estados afiliados á la madre patria, desde que su porvenir ha llegado á no inquietar ya á la Metrópoli; redundando todo ello en gloria de los

hombres públicos del Reino Unido, y sin que puedan afectarle algunos movimientos de insurrección puramente transitorios.

XIII

VARIAS PECULIARIDADES DE LA CÁMARA DE LOS LORES Y DE SUS INDIVIDUOS.

Voy á concluir mencionando algunas peculiaridades de la Cámara de los Lores, que forman notable contraste con lo que acontece en las corporaciones análogas de los otros países.

Como cuerpo constituye el primer Consejo de la Corona en Inglaterra, y aún particularmente cada miembro de la Asamblea tiene el derecho de dirigir al Monarca las observaciones que se le ofrezcan; hasta el punto de que no puede ser denegada cualquiera audiencia que se solicite de S. M. con el fin referido. Los Pares de Escocia y los de Irlanda disfrutan de igual facultad, aún cuando no sean de los que, según la organización que dejamos mencionada, tienen asiento en la Cámara alta.

Aquel derecho les autoriza también para que sólo hayan de ser puestos en prisión por causa de algún crimen que hubiesen cometido, pero no por deudas. Esta circunstancia, unida á la de ser juzgados exclusivamente por la Cámara de los Lores, si se les acusase en el concepto de traidores al Estado, y la de hallarse garantidos por una protección más enérgica que los demás ciudadanos, contra las injurias que se les dirijan, forman los tres privilegios esenciales de dicha clase aristocrática.

Es precisa la edad de veintiún años para ingresar en la Cámara de los Lores, y tomar parte en las votaciones.

El Arzobispo de Canterbury es el primer Par del Reino Unido, y su sitio es el inmediatamente posterior á los de los Príncipes de la sangre, á la derecha del Trono; antecede á todos los funcionarios del Gobierno, y naturalmente á todo el clero. Siguen después el Arzobispo de York, los Obispos de Londres, Durhan, Winchester y los restantes de Inglaterra, según el orden de su antigüedad en los cargos.

El Presidente de la Cámara es el Lord Canciller, y, como puede ocurrir que no sea Par, su autoridad se limita en este caso, según ha sucedido varias veces y en época no muy remota, á dirigir los debates y á dispo-

nerlo necesario para que los acuerdos se traduzcan en votaciones, sin tomar él una parte activa en estos actos.

Basta la presencia de tres Pares para dar validez á un acuerdo; y tan solitaria se halla algunas veces la Cámara, que ha acontecido que resoluciones muy importantes fueron adoptadas por siete votos contra cinco, y aún por siete contra seis de sus miembros.

Una observación para terminar.

Los ensayos en asuntos políticos graves suelen no ofrecer buenos resultados, sobre todo inmediatamente, por lo cual es preciso esperar á que la experiencia justifique su oportunidad. En Inglaterra se hace todavía más necesaria la observancia de esta regla, respetuosa hacia las tradiciones que han elevado á tan grande altura el nombre de aquella nación.

Bueno fuera que en España no la olvidásemos, empeñándonos en acometer empresas cuyos resultados desconocidos pueden irrogar grandes perjuicios á los intereses permanentes, que todos cuantos nos interesamos por su conservación y prosperidad estamos obligados á amparar y á defender.

J. G. BARZANALLANA.

EL NIHILISMO

II

LA POLICÍA SECRETA EN RUSIA.

De todas las policías de Europa, la rusa es la que ha conservado más prestigio. Cuando se habla de ella en el extranjero, recuérdanse inmediatamente relaciones donde el *knout*, las ejecuciones secretas, los agentes invisibles y la Siberia como perspectiva, desempeñan el papel principal. El nombre de tercera sección ha llegado á ser proverbial siempre que se habla de una alta policía omnipotente y omnisciente.

En la práctica es preciso rebajar considerablemente desde luego para los medios de que dispone la policía ordinaria.

El *knout*, gran látigo de tres correhuelas provisto de un corchete que de un solo golpe mataba, rompiendo la espina dorsal, cuando

esto era necesario, ha caído en desuso desde la segunda mitad del reinado del emperador Nicolás. Es un recuerdo.

La *plite*, especie de knout modificado, terminado por tres correhuelas sin corchetes, y del cual ha habido condenados que han resistido noventa y nueve golpes sin morir, sólo se usa para los deportados privados de sus derechos civiles y políticos, cuando se manifiestan muy recalcitrantes. La *plite* cesó definitivamente como pena diaria desde 1862.

Por último, el uso de las *varas* ha sido reducido por muchas ordenanzas del emperador Alejandro II, y todavía en el mes de Enero de este año publicó *El Oficial* una circular prohibiendo el empleo del látigo como medio correctivo contra los ciudadanos morosos en el pago de los impuestos.

Respecto á las ejecuciones secretas, puede afirmarse que no se han verificado hace mucho tiempo, y que también es mucho menor de lo que se cree por la generalidad el número de los prisioneros anónimos encerrados en ciertos calabozos subterráneos, como la rabeleina Alexei en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, frente al palacio imperial de San Petersburgo.

Ordinariamente, dos son los grandes medios de que dispone la policía en Rusia: la *deportación* como medida administrativa, y la *vigilancia* en gran escala.

En ningún país del mundo háse llegado á tal grado de habilidad en cuanto á la violación de la correspondencia, fractura de equipajes, allanamiento de domicilio y robo de las papeleras de las gentes sometidas á la vigilancia de la policía, y frecuentemente sin que se descubra el delito hasta algunos años después.

No quiere esto decir (porque nada es perfecto) que no ocurran á veces casos como el sucedido hace tiempo á los representantes de dos grandes potencias, que en el mismo día recibieron cambiados sus equipajes. La excelencia prusiana tuvo una vez un correo inglés, mientras que el noble lord hacía constar asombrado que en el *Foreign Office* había sido adoptado el alemán para la correspondencia. Un empleado muy torpe de la tercera sección se había equivocado al cerrar las maletas en el tren que las conducía. Echóse tierra al asunto, que fué desmentido terminantemente, y no tuvo más consecuencias. Hay que reconocer, no obstante, que ántes eran muy raras las torpezas en este importante ramo de la administración rusa.

La tercera sección de la Cancillería Imperial, organizada en tiempo del emperador Nicolás, tuvo al general de Benkendorff por primer titular. En opinión del Emperador, debía ser el ojo, el oído y el brazo derecho del soberano. Colocada sobre todas las leyes esta tercera sección, debía prestar servicios excepcionales. Tenía á sus órdenes un cuerpo especial de militares experimentados, elegidos cuidadosamente de entre los más íntegros é inteligentes: los gendarmes, que constituían su forma exterior.

Un enjambre de agentes secretos diseminados por doquier, formaban su parte interna.

Exigiáse á los que llevaban uniforme una cortesía completa y una dulzura extremada. Una mano de hierro dirigía á los otros.

Pero lo que especialmente se pedía á los agentes reconocidos era un registro minucioso y constante de los actos de los *tchinowniks* grandes y pequeños, de los gobernadores, de los ministros, en una palabra, de todo el mundo. Toda exacción, todo robo, todo fraude, toda violencia de los sátrapas de aquel tiempo, debía ser inmediata y rigurosamente transmitida al Soberano. Éste la reparaba, y si es cierto que á veces se vió obligado á cerrar los ojos filosóficamente ante llagas muy antiguas en Rusia para poder ser curadas, ó al ménos combatidas con éxito, numerosos ejemplos demostraron que por alta que fuese la jerarquía que se disfrutara, era preciso renunciar á ciertos abusos.

*
*
*

La institución de la tercera sección fué beneficiosa á Rusia: los débiles y los vejados en la sombra fueron los primeros que disfrutaron de sus beneficios. La alta inspección política era una ocupación puramente accesorio de la gendarmería.

Por desgracia no tardó ésta en degenerar, y apesar de las muchas reformas acometidas, de las cuales las más inteligentes fueron las propuestas por el conde Schouvaloff, embajador hoy en Londres, llegó á ser lo que es en la actualidad, una institución que compromete, que tiene pocos adeptos, y cuyos supuestos servicios no compensan todo el dinero que cuesta.

La unión entre camaradas relajó el espíritu de austera integridad, que debió ser el carácter distintivo de un cuerpo sin razón de ser, si no era la conciencia del Imperio mis-

mo. Los gendarmes fueron de día en día más complacientes con los tchinowniks, á quienes debían vigilar, pero con los cuales quisieron vivir en paz; y como las pruebas de celo eran necesarias, se acogieron de nuevo á la vigilancia política. El deplorable *exceso de celo* de una parte, y de otra el no ménos lamentable *dejar hacer*, cambiaron radicalmente el carácter de la institucion. Lo accesorio llegó á ser lo principal. El Emperador no supo de los abusos que diariamente se cometían en el Imperio sino estrictamente aquello que difícilmente podían ocultarle, mientras que se ponía empeño en aumentar un peligro que habia de presentarse muy tarde y por culpa de la misma policia.

Otras dos causas de disolucion influyeron con igual fuerza en la decadencia de la tercera seccion.

Primera: La introduccion de un número muy considerable de sujetos más provistos de buenas intenciones que de facultades intelectuales, y á quienes se consideraba con aptitudes para figurar entre las gentes en los restaurants y en el extranjero para ver y oír. Eran policias despreciables, pero se trataba de ocultar, algo mejor que ántes, la debilidad de las buenas cabezas, remuneradas con altas pensiones, en tanto que agentes subalternos y oscuros estaban encargados del servicio.

Así se explica que pueda verse en San Petersburgo á más de un pobre diablo que se cree un Fouché, y sale penetrado de la importancia de los rumores que ha oído á la vez á los mozos y los porteros que, con la familiaridad respetuosa que es el rasgo distintivo de la servidumbre rusa, dicen: «¿Sin duda quereis saber que ese caballero es de la seccion tercera?»

¿Pero puede al ménos contarse con los agentes de baja esfera? Méno aún, porque desgraciadamente, y por aquel tiempo, un cierto número de dichos agentes subalternos se dejaron afiliar en la nueva secta, donde ocuparon el lugar que les correspondia. Por otra parte, un sistema de economías que es de lamentar no haya sido aplicado á otros servicios en Rusia, hizo que se introdujeran reducciones en los fondos abonados á las defecciones políticas, y esto hizo que la institucion, que habia recibido un golpe tremendo por arriba, fuese además mal servida por abajo.

La tercera seccion, fiel á las máximas dictadas por el emperador Nicolas, hubiera

ilustrado á tiempo á sus hijos sobre el verdadero carácter del nuevo movimiento: degenerada, se engañó: engañó al czar, y fué la principal de las causas de la exacerbacion del mal que sufre Rusia.

La policia propiamente dicha, que depende muy indirectamente de la tercera seccion, se halla colocada bajo la autoridad inmediata de los gobiernos de provincia, de los generales-gobernadores y de los prefectos de ciertas ciudades. Está poco centralizada, compónese de elementos de segundo órden, mal retribuida y peor considerada en el país.

Los *gardavoi*, especies de sargentos de Ville, en su mayor parte tenientes retirados, y los bomberos, forman la parte sana.

Pero los oficiales provinciales están muy léjos de realizar las esperanzas que hubieran podido tenerse en ellos: su arbitrariedad y venalidad son la llaga del país, y la causa de haber fracasado más de una medida excelente.

Inútil parece decir que con frecuencia háse proyectado en altos lugares podar este bosque de abusos y malversaciones, y últimamente se ha tratado diferentes veces de la formacion de un ministerio de policia, que reuniera en una sola mano todos los servicios, todos los medios, y además toda la responsabilidad. No se sabe por qué el proyecto no ha llegado á realizarse.

Sea de ello lo que quiera, el resultado es que la policia rusa, lo mismo la de la tercera seccion como la otra, no está á la altura de su mision, y que ambas han dejado desarrollar el Nihilismo y despues han contribuido, más que á la propaganda bakounina, á dar á esta secta el carácter de una cuadrilla de asesinos, que es el adoptado hoy.

* * *

Las sociedades revolucionarias surgidas de las nihilistas, discípulos de Bakounine, y que han llevado por desgracia en estos últimos tiempos la direccion más imperiosa, resolvieron dirigirse al pueblo para llevarle la llamada por ellas fin de la verdadera civilizacion social.

En esta época, nihilistas y socialistas, que luégo se han confundido, eran muy diferentes entre sí. Estos últimos, muy numerosos en verdad, regresaron á Rusia, mientras que los nihilistas no enviaron allí sino una parte de su personal.

Su propaganda activa aumentó en propor-

ciones imposibles de definir; pero el número de adeptos fué muy considerable en todos los casos. El reciente proceso de Solowieff y de otros que le habian precedido, parece que confirma la opinion generalmente extendida, á saber: que en los primeros tiempos carecieron de organizacion especial, y que la comunidad de sentimientos bastaba para mantenerlos en constante comunicacion.

Los nihilistas solos, ó los *primogénitos* (*starchié*), nombre que se dieron, sometieron-se desde el principio.

Nada tan variado como la procedencia de estos enviados, que en su mayor parte acababan de salir de la adolescencia. Perteneían casi en su totalidad al bajo clero, á la pequeña nobleza, ó pertenecían á las clases más inferiores del tchinó, que corresponde á la clase media en Francia; pero no faltaban tampoco los dos extremos de la sociedad rusa: abyectos judíos que encontraban medio para realizar sus pequeños negocios en calidad de espías al lado de algunos representantes de las más altas y más antiguas familias del Imperio. ¿No se ha visto en el banco de los acusados á la hija de un canciller de la emperatriz Catalina, del ilustre Pánin; príncipes y princesas, hijos de millonarios, al lado de los más oscuros y más pobres? Sus costumbres apénas si eran diferentes.

Porque si está absolutamente fuera de duda que muchas de esas jóvenes abandonaron la casa paterna para entregarse á la bestialidad, segun ha dicho el general Gourko, y que el número de maridos temporales que encontraban en las filas de los socialistas revolucionarios, era lo que habian hallado más palpable en toda la doctrina, no es ménos cierto hoy que un número muy considerable era de puras ilusionadas que habian forjado todo género de ilusiones reformistas, creyéndose llamadas á renovar la faz del mundo, con el ardor y el fanatismo que en otros tiempos habrian puesto al servicio de una secta religiosa. Si fuera posible, diríase de dichas jóvenes que eran religiosamente ateas y negacion de toda suerte de principios.

Las visitas médicas, á que jamas dejó la policia de someter á estas desgraciadas, demostraron repetidamente que dichas jóvenes sólo tenían degradado el sentido comun, y que apesar de todos los excesos á que se habian entregado, eran verdaderas jóvenes dignas en un todo de tal nombre.

Por otra parte, es evidentísimo que no es sólo por desvergüenza por lo que tantos jóvenes de ambos sexos abandonan, ya los salones del elevado funcionario, ya la casa más modesta del pequeño propietario, todos una vida agradable, ó cuando ménos llevadera, para adoptar desde luégo el sucio traje del nihilista, la existencia del estudiante pobre, ó la del jornalero, con todas las groserias y todas las humillaciones que le acompañan en Rusia.

Sobre esto es principalmente donde conviene poner de manifiesto toda la inverosímil torpeza de las diferentes policias rusas, y su no ménos inverosímil ceguera.

Por espacio de algunos años viéronse las universidades, las escuelas, los gimnasios de jóvenes, nombre que se da á las escuelas laicas (y casi no hay otras en Rusia), inficionadas de una propaganda funesta.

Publicaciones ateas y anarquistas reproducíanse por millares; y fué adoptado un traje especial como signo de adhesion.

Nadie se preocupó de esto, ni aún la famosa seccion tercera, que debia preverlo todo, cual cumple á una policia que, apoyada en dos instituciones viejas, pero en vigor aún en Rusia, debia registrar la ley de pasaportes interiores y la de censura.

El único periódico conservador que habia en Rusia, la *Wieste*, redactado por Skariatine, cayó en medio de la indiferencia, por no decir del desprecio público.

Despues, repentinamente, y á consecuencia sin duda del proceso Netchaieff, que levantó una punta del velo que ocultaba la organizacion de los nihilistas, ménos unidos entónces que lo están hoy con los socialistas revolucionarios, á quienes desde un principio se confundió equivocadamente con ellos, cambiöse de idea. Entrevióse el peligro que los tiros de revólver de Karakoroff en la verja del jardin de verano sobre el emperador Alejandro no pudieron ménos de señalar, y se tomó la resolucion de conjurarlo prontamente. Nada iguala al desbarajuste y á la imprevision de la campaña que la seccion tercera emprendió contra los nuevos sectarios.

* * *

Mientras eran detenidos sin razon y en gran número jóvenes de ambos sexos, principalmente en las provincias del Sud-Este de Rusia, donde se habian confundido con el

pueblo bajo para hacer igual género de vida y proseguir la propaganda; mientras se les tenía en la cárcel por espacio de cuatro años, antes del juicio que libertaba á la mitad, tolerábase tranquilamente en San Petersburgo, en Moskou, en Kharkoff y en Kieff nihilistas reconocidos como tales, con su traje, y á nadie se le ocurrió cerrar las habitaciones comunes (*obchie kvartiry*), verdaderos clubs establecidos en zaquizamís, donde se reunían por grupos y dormían cuando no tenían domicilio, y donde también recibían para su reparto escritos é impresos revolucionarios.

De nadie era esto ignorado: los escritores describían en sus novelas las menores particularidades, y un curioso hubiera podido pedir ser presentado al primer nihilista que se hallara en el Newski.

Sólo la policía lo ignoraba absolutamente. Alguna que otra vez, violentamente y por orden de algun excelencia impaciente, verificábase una requisita: confiscaban los libros, eran llevados á la cárcel algunos jóvenes, inscribíase á algunas jóvenes inocentes en los registros de la prostitucion, y hecho esto, se dejaba á los demas en completa libertad de accion. Compréndese que semejante manera de proceder tenía por objeto inspirar á los sectarios con el odio del Gobierno el desprecio de sus agentes, á quienes la mayor parte de aquéllos podían seguir insultando.

Sin embargo, las hostilidades no habían llegado á romperse: los socialistas revolucionarios continuaban su propaganda más ó ménos tranquilamente, y declaraban en público que no querían la forma absoluta del gobierno sino hasta que pudiesen preparar la revolucion social. La policía, animada siempre de una inexplicable tolerancia, excepcion hecha de alguna requisitoria por orden superior, cerraba los ojos.

El revólver de Vera Zassoulitch lo cambió todo inopinadamente.

Hay que recordar que esta jóven, detenida seis años ántes en una razzia por haber mantenido relaciones con una amiga de la hermana del criminal Netchaieff, sufrió una larga detencion preventiva, fué despues internada sucesivamente en muchas ciudades apestadas, y puesta al fin en libertad, luégo que fué reconocida su inocencia.

Supo en una de las cárceles donde había estado presa que el general Frepoff, prefecto de policía en San Petersburgo, con ocasion de una visita á la cárcel de sentenciados po-

líticos, había, en un momento de impaciencia, mandado castigar con una antena al condenado Bogoliouboff porque le negó el saludo. Este hecho, que pasó desapercibido para muchos, despertó en el alma atemorizada de la jóven un inextinguible deseo de venganza,

Público es lo demás. Una vez en libertad, se dirigió á San Petersburgo, hirió al general, fué detenida, declaró al tribunal haber cometido el crimen, no para vengar á Bogoliouboff, á quien desconocía, sino para hacer saber al mundo entero los misterios de las prisiones políticas en Rusia; y finalmente, fué absuelta por unanimidad por el Jurado, que fué saludado con una triple salva de aplausos por los concurrentes al acto.

Este incidente vulgar de audiencia fué el punto de partida de un cambio deplorable en el espíritu y en las costumbres de una asociación hasta entónces más absurda que criminal, y señaló el comienzo de una era fatal para Rusia.

La sentencia del tribunal, los aplausos con que fué acogida por un público escogido, los gritos de entusiasmo con que la multitud apiñada ante el tribunal recibió la absolucion, hirieron de un modo terrible la piedra angular del absolutismo imperial.

En aquella baja y larga sala donde se había decidido de la suerte de la jóven insensata estaba la tercera seccion, es decir, lo arbitrario, condenado irrevocablemente en aquella sazon.

DICK DE L.

SOBRE LOS REINOS DE TAIFAS (1)

El imperio de los Ommyadas, en otro tiempo rival del de Carlo Magno, y que duró en España cerca de tres siglos, comprendiendo, además de la Península casi entera, una gran parte de las Galias y muchas provincias de Africa, quedó un tiempo reducido á capital sin estados. Aquel imperio se destrozó tristemente en las convulsiones de una san-

(1) Fragmento del estudio histórico «Orígen y antigua grandeza de Almería», distinguido con primer premio, en el certámen que celebró el Ateneo de la misma ciudad, á juicio del Jurado, compuesto de los señores D. J. Valera, D. F. de P. Canalejas y D. M. de la R villa.

griente anarquía. La revolución había sido tan rápida como completa; había penetrado en la sociedad y en el gobierno; había, en fin, influido así en las costumbres populares como en las formas políticas. El respeto religioso á la persona del Príncipe, la obediencia á las leyes, la fidelidad en las promesas, la justicia de los jefes, la austeridad de las costumbres privadas, la buena fe, la humanidad, la tolerancia, todas esas virtudes, tan alabadas en los antiguos árabes, se habían relajado y corrompido en las perpetuas discordias y en la confusión general.

Mientras que el ántes tan venerado trono de los Califas se abatía por estas causas, los jefes de las provincias, fuertes por las debilidades del Gobierno, favorecidos por el común desorden, y hasta excusados por aquella continua sucesión de soberanos y dinastías, se elevaban sobre las ruinas del imperio y salían de sus destrozos una multitud de pequeños reinos (1).

Estos reyes, separados por rivalidades y rencores, en guerra frecuente por ofensas personales ó miras ambiciosas, y dominando pueblos empobrecidos y agotados por una larga serie de calamidades y desastres, pretendían, no obstante, imitar la opulencia de los Califas de Bagdad, daban magníficos festines, se rodeaban de poetas, á quienes prodigaban mercedes y oro y rivalizaban en esplendidez y magnificencia, cual si poseyesen dilatados imperios (2).

Pero si bajo el aspecto político y nacional la caída de la monarquía cordobesa fué tan desastrosa para la España sarracena, continuó, sin embargo, en ella el progreso literario (3), porque el buen impulso estaba ya dado, porque los señores de los pequeños estados, ó sea los reyes de Taifas (4), fueron grandes protectores de las letras, y, en fin, porque ya sin la dominación opresora del ca-

lifato; el genio árabe (1), dado á la independencia, pudo campeare libremente, aunque fuese por poco tiempo (2).

El carácter de la civilización y de las letras arábigo-hispanas en este período fué, como en los siglos anteriores, eminentemente poético; pero la mayor libertad que tuvo el pensamiento, sacudido el yugo de la antigua monarquía, favoreció el cultivo de todas las ciencias y doctrinas, sin excluir las filosóficas. Además, sometidos ya definitivamente al Islamismo los Muladies, representantes de la raza indígena, que bajo los últimos reinados había perdido toda esperanza de restauración, este elemento, copioso en el número, y más importante aún por los caracteres de su raza y antigua nacionalidad, dejó sentir su influencia en la literatura de los andaluces, prestándole cierto espiritualismo y propensión á estudios más racionales que los propios de la civilización arábica (3).

Difícil es hoy, por extremo, aún considerado el constante anhelo de centralización que animaba el Califato, el determinar con

(1) Schack, en su obra titulada «Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia» (tomo 1.º, páginas 70 y 71 de la segunda edición), tan elegantemente vertida al castellano por D. Juan Valera, en cuya traducción revive con todo su bello y poético colorido, como dice el distinguido historiador de Málaga Guillen Robles («Historia de Málaga y su provincia», nota de la pág. 160),—la sociedad y las obras que el autor alemán ha procurado dar á conocer, y hablando de la viveza y despejo que hasta los niños manifestaban, cita entre otras esta anécdota, copiada de los historiadores árabes: El rey de Almería «Almotasim» entró una vez en casa de un súbdito suyo, y preguntó á su hijo pequeño, Al-Fath: «¿Qué casa es más hermosa, la del príncipe de los creyentes ó la de tu padre?» El muchacho contestó: «La casa de mi padre es más hermosa, ya que el príncipe de los creyentes está ahora en ella». Maravillado el rey de la presencia de espíritu del niño, quiso ponerla otra vez á prueba, y le preguntó: «Dime, Fath, ¿hay algo más hermoso que este anillo?», mostrando uno que llevaba en el dedo. «Sí, contestó Fath; la mano que lo lleva.»

(2) A la Caída del Califato compitieron con la «madri-sa» de Córdoba las escuelas de las aljamas mayores en los reinos de Taifas, distinguiéndose particularmente las de Sevilla, Badajoz, Zaragoza, Valencia, Murcia, Almería y Toledo. En este tiempo la multitud de centros de cultura producía resultados análogos á los ofrecidos después por Italia en el siglo xv, y por Alemania en el nuestro. (V. Lafuente, «Estudios y enseñanzas de España», artículo inserto en la «Revista de la Universidad de Madrid».)

(3) Simonet, «Edad de oro de la literatura árabe en España», trabajos publicados en el tomo 3.º de «La América».

(1) Viardot, «Historia de los árabes y de los moros de España», pág. 70, ed. de Oliveres.

(2) Emilio Lafuente, «Discurso leído en la Academia de la Historia».

(3) En doce ciudades, y Almería una de ellas, había varias escuelas donde se enseñaba la Teología, Jurisprudencia, Astronomía y Alquimia. (F. Fernandez y Gonzalez, «Plan de una Biblioteca de autores árabes españoles», Revista Ibérica, tomos 1.º, 2.º y 3.º)

(4) Significa una parte de alguna cosa. Llamábanse reyes de Taifas, porque lo eran solamente de una parte del imperio («Inscripciones árabes de Gran», por E. Lafuente, pág. 19.)

certidumbre histórica las verdaderas circunscripciones de todos estos gobiernos ó *gualiatos*. Los escritores árabes guardan, por desgracia, en este punto mortificador silencio, y no son, en verdad, más expresivos los modernos. Puede, no obstante, asegurarse que cuando se consumó la destrucción del imperio musulmán, se hallaba éste dividido en los doce siguientes *gualiatos* ó *Amelias*, á saber: Todmir ó Tadmír, Valencia, Denia, Huesca, Zaragoza, Toledo, Sevilla, Libla (Niebla), Badajoz, Algarbe, Málaga y Granada, sin contar la populosa de Córdoba, silla de los Califas. La reducción de los amiratos ó reinos de Taifa es, en cambio, punto ménos que imposible, dada su inestabilidad. Hay quien señala, sin embargo, hasta veintidos familias que constituyeron señoríos independientes, entre los cuales son los más importantes la de los Abbaditas en Sevilla, la de los Hammuditas en Málaga y Algeciras, la de los Zeyzitas en Granada, la de los Beni-Yahya en Libla, la de los Beni-Mozain en Silves, la de los Aftasidas en Badajoz, la de los Beni-dzi-u-Nun en Toledo, la de los Beni-Hud en Zaragoza, la de los Benin-Cásim en Alpuente, la de los Beni-Somadih en Almería, etc., etc. (1).

La vida de aquellas cortes era una perpetua fiesta; los poetas improvisaban delicadas composiciones, ya en las giras de placer que se verificaban á la luz de la luna en el río de Sevilla, ora en los festines celebrados en las huertas malagueñas ó en los encantados jardines de Almería, entre la embriaguez producida por los espirituosos vinos, por las voluptuosas miradas de las mujeres y por los armoniosos acordes de citaristas y cantoras; los hombres científicos, después de haber apurado los placeres de los sentidos, después de haber descansado de las deliciosas veladas trascurridas entre epicúreos goces, se desceñían la corona de flores de los festines, y en el silencio y en la meditación estudiaban los problemas del saber, investigaban las ocultas virtudes de las plantas ó los tesoros del idioma, escribían la historia ó meditaban sobre las enfermedades del cuerpo humano, y producían obras dignas de la admiración de sus contemporáneos y del respeto de la posteridad (2).

(1) J. A. de los Ríos, «Historia social, política y religiosa de los judíos de España», I, 203-4.

(2) Guillen Robles, «Historia de Málaga y su provincia», pág. 189.

Los poetas y escritores de la España árabe, viviendo en el recinto de aquellos palacios y verjeles, inspirados por las escenas de tan magníficas cortes y por las delicias de la naturaleza, entre flores, fuentes, bosques de granados, limoneros y arrayanes, produjeron páginas tan risueñas, tan ricas en imágenes, tan llenas de vida y de color, que no cedé su bella literatura á la del último renacimiento que han logrado en Europa las humanidades. El estudio de la naturaleza física y moral les sugiere páginas que pudieran prohiar sin desmerecimiento Bernardin de Saint-Pierre, Chateaubriand, Byron y Lamartine (1).

A semejanza de los antiguos vates de la Arabia, los del Andalúz cantaban el espectáculo de la naturaleza, las delicias y goces de la vida, el amor con sus dichas y cuidados, los encantos de las huríes terrenas, los hechizos de los gentiles mancebos y la embriaguez, las glorias y hazañas militares, la hospitalidad en el aduar, la liberalidad y largueza, la esplendidez en los convites, empleando su ingenio, ya en panegíricos y alabanzas de los príncipes y magnates generosos en favorecerles, ya en sátiras contra los mezquinos y avaros (2).

Estos diferentes soberanos, que no dependían para nada del Califa, tenían sus cortes y sus ejércitos, levantaban impuestos, hacían acuñar moneda (3) y tomaban el título

(1) Prólogo de P. Madrazo á las «Leyendas históricas árabes», de Simonet.

(2) Simonet; «El Siglo de oro...»

(3) Durante la dominación árabe en España, después de la caída del Califato de Córdoba, dice el entendido numismático Codera («Títulos honoríficos y nombres propios de las monedas árabe-españolas», Revista de la Universidad de Madrid, Mayo del 75), apenas había población de pequeña entidad que no batiese moneda, y se supone que existen de Almería del año 538. Las únicas de «Yuçuf» que conocemos, añade, con la inscripción: «Amir-al muslimim Yuçuf ben Texufin», son las acuñadas en Segelmesa en los años 483, 84, 85, 86, 88 y 94. se conservan también otras de «Agmat» y Almería, etc., no constando en ninguna de ellas el título de «Amir-al-muslimim», á no ser que le lleven las de Almería, Ceuta y Málaga, de las cuales no hemos visto ejemplares, sino sólo la descripción poco detallada, mejor dicho, la noticia de su existencia, que consta en los opúsculos de monsieur Adrien de Longperier y el Catálogo de Cerdá. De Almería no hay más monedas, escribe el arqueólogo Belmonte al traductor de la admirable obra de Dozy («Historia de los musulmanes españoles», I, 498), que las acuñadas por «Techibi Yahya», con el título de «Moh-tasem billah»; son escasas y de fecha incierta; en ellas

de emires ó de reyes. Tenian ademas cierta clase de vasallos dependientes de su corona, pues una multitud de estos pequeños príncipes, que no poseian por estados más que un canton, una ciudad, un fuerte, etc., buscaban su seguridad en el apoyo de los grandes rebeldes (1).

Todo muslim rico, realizando é imitando en el mundo la voluptuosa imágen del Paraiso presentada en el Coran, tenía en España, como hoy sucede en Africa y el Oriente, su harem y retiro reservado para sus goces sensuales, compuesto de aposentos lujosamente alhajados y de floridos jardines, donde reposaba blanda y regaladamente, rodeado de multitud de mujeres jóvenes y encantadoras, parte esposas y parte concubinas, pasando allí sus ocios entre caricias, comidas y brándis. Los hastíos del harem los divertian en compañía de los amigos, bebiendo, jugando é improvisando anacreónticas en

va inscrito un «hagib», de quien sólo conozco el título de «Moez-Ed-daula.» Un numismático de Lóndres, dice el «Tablett» ha enriquecido sus colecciones con cuatro ejemplares hallados en las cercanías de la catedral de San Pablo. Entre los más curiosos, hay dos monedas de oro de «Ali-ibn-Josef», tercer rey de los Almoravides, que reinaron en Córdoba en el siglo XIII. La inscripcion, en caracteres cúficos, que tiene en ambos lados, puede traducirse: «Non est Deus nisi Deus Muhammed (est) apostolus Dei; Princeps (emir) musulmorum Ali-ibn-Josef», y en el reverso: «Iman (califa) Abdallah, Príncipe (emir) de los creyentes». En ambos lados se lee ademas: «En el nombre de Dios, esta moneda se hizo en Almería en el año 525 (de la Egira).» En esta moneda se distingue perfectamente la medialuna, lo que constituye una prueba de que la medialuna era usada por los musulmanes como símbolo mucho ántes de la toma de Constantinopla. Estas medallas fueron presentadas á la venta como chinas, y compradas creyendo que fuesen persas; sólo despues de limpiadas y descifradas se ha conocido su valor. (Del periódico «La Epoca», correspondiente al 30 de Noviembre año 1878). El Obispo de Córdoba D Pedro Antonio Trevilla, avisó á la Academia de la Historia (año 1827) el descubrimiento de 104 monedas arábigo de oro, descubiertas en aquella ciudad escarbando en el corral de una casa sita en la plazuela del Vizconde de Miranda. Examinadas por el académico D. Francisco Antonio Gonzalez, resultaron 103 acuñadas en Almería, Granada, Sevilla y Marruecos, Memorias de la Academia de la Historia, t. VII. p. XIII. En el trabajo de Conde «sobre la moneda arábigo y en especial la acuñada en España por los príncipes musulmanes», hallamos algunas noticias de monedas batidas en Almería en tiempo de los almoravides Véanse las páginas 280-82 del t. V. de las citadas Memorias

(1) Viardot, obra mencionada, pág. 71.

frecuente y desatada orgía. Acrecentaban el regocijo de tales sesiones con la música y el canto, que les aletargaban más en la embriaguez y la molicie, para lo cual tenían á su servicio muchas cantoras, contándose que cierto *Ibn Abbas*, favorito del rey de Almería *Zohair*, tenía quinientas, todas de rara habilidad y hermosura (1).

ANTONIO MARTINEZ DUIMORICH.

WILHELM MEISTER

PRIMERA PARTE.

AÑOS DE APRENDIZAJE

Libro primero.

Continuacion.

CAPÍTULO VIII.

Vencida por el sueño, Mariana se dejó caer en el pecho de su amante, que sobre él la estrechó tiernamente y continuó su relato en tanto que la vieja acababa de desocupar la botella.

—El atolladero en que nos habíamos hallado mis amigos y yo, queriendo representar una obra que no existía, presto fué olvidado. Mi pasión por convertir toda novela, toda historia en drama, ejercitábase en los asuntos ménos dramáticos. Persuadido de que todo aquello que como relato agrada, debe tener mayor encanto aún en la representacion, queria siempre decirlo todo y todo llevarlo á las tablas, exponerlo todo á la vista del espectador. Cuando en la escuela nos enseñaron la historia, no retenia nunca de mis lecciones más que la época en que un personaje ilustre habia sido envenenado ó dado de puñaladas de una manera particular. Convertíala en drama, y mi imaginacion, salvando la exposicion y el nudo, corria del primer pronto al quinto acto. De este modo escribí algunas piezas, empezando por el final, sin haber podido llevar ni una sola de ellas al principio.

Leía al mismo tiempo todas las producciones dramáticas que me entregaban ya la ca-

(1) Simonet, en su discurso leído en la Universidad de Granada sobre la «Edad de oro de la literatura árabe-hispana...», p. 41.

sualidad, ya mis amigos, que se habían puesto á representar piezas; hallábame aún en esa edad feliz en la que todo agrada, y en la que la variedad y la cantidad bastan para cautivar. Desgraciadamente mi juicio estaba falseado por una idea fija; me interesaba particularmente por las obras en las cuales esperaba podria brillar, y contadas son las que yo no leía con esta dulce segunda intencion. Identificándome fácilmente con cada carácter, me lisonjeaba de poder representarlos todos, y en el reparto de papeles elegía frecuentemente aquel que ménos me convenia; cuando la cosa era posible, tomaba dos de ellos.

En los juegos de niños, todo sirve para todo; un palo se convierte en fusil, una lata en una espada, cada pedazo de tela en una muñeca, y cada rincon en una casa. De esta suerte creció nuestro *teatro de sociedad*. Ignorando nuestras fuerzas, lo aprendíamos todo, no echábamos de ver los quidproquos, y estábamos convencidos de que todo el mundo nos tomaba por aquello que nos dábamos. Las cosas continuaron marchando de esta suerte, hasta el punto de que no me queda ni aún una tontería notable que referir.

Primero representamos las pocas obras en que sólo aparecen hombres, despues algunos de nosotros se disfrazaron de mujeres, y, finalmente, nuestras hermanas acabaron por ser de la partida. Las familias, que miraban esta clase de divertimientos como muy apropiado para completar una buena educacion, invitaban á sociedades numerosas á que vinieran á admirar nuestras habilidades. Nuestro oficial de artillería no nos habia abandonado. Nos enseñó cómo debíamos salir, andar, accionar y declamar; pero sacó poco fruto de sus afanes, porque nos creíamos más expertos que él en el arte dramático.

De él llegamos pronto á la tragedia. Habíamos oido decir que es más fácil componer y representar una tragedia que alcanzar éxito en la comedia, y desde nuestra primera representacion nos creimos trasportados á nuestro verdadero elemento. Persuadidos de que con aires pretenciosos y maneras engreidas imitábamos la dignidad de los grandes y la nobleza de los héroes, mostrábamnos arrogantes de nosotros mismos; y cuando creíamos que nuestros papeles nos autorizaban para agitarnos como poseidos, para patear y arrastrarnos por el suelo en los accesos de rabia y de desesperacion, nada más faltaba á nuestra dicha.

El trato frecuente entre las niñas y los jovencitos no tardó en despertar los sentimientos de la naturaleza y dar nacimiento á inocentes amorcillos; de aquí resultaba comedia en la comedia. Las felices parejas se estrechaban las manos entre los bastidores y se dilataban de gozo viéndose recargados de cintas y condecoraciones que les daban un valor enteramente ideal; los rivales desdeñados, roídos por la envidia, les jugaban toda clase de pasadas malignas.

Estas diversiones, emprendidas y ejecutadas con inteligencia y sin fin, tenian, sin embargo, cierta utilidad para nosotros; ejercitaban nuestra memoria y nuestro cuerpo, y daban á nuestro lenguaje y á nuestras maneras una elegancia y gracias superiores á nuestra edad. Para mí, sobre todo, estos juegos tenian alguna importancia; dirigian todas mis facultades hácia el arte dramático, y me hacian inaccesible á toda otra felicidad que la de leer, componer, representar obras teatrales.

No obstante, mi educacion se hallaba léjos de estar acabada, y mi padre, que se dedicaba al comercio, me habia colocado en el mostrador de su vecino; pero precisamente en esta época mi espíritu rechazaba más violentamente que nunca estas ocupaciones, que consideraba yo como indignas de mí: á la poesía y al teatro queria consagrar yo mis facultades y confiar mis esperanzas.

Aún me acuerdo de un poema que debe hallarse entre mis papeles, en el cual la musa de la Poesía trágica, y otra mujer en la cual yo personificaba la Industria, se disputaban la honra de dirigir mi individuo. La invencion es vulgar, y no recuerdo que los versos valieran algo; sin embargo, os los leeré algun dia á fin de daros idea justa de los temores, de la repugnancia y de las pasiones que en ellos se agitan. Habia hecho de la Industria una vieja gobernadora de casa, con el vestido arremangado, anteojos sobre su nariz, llaves en la cintura; siempre trabajando, siempre intranquila, económica, mezquina y pesada. ¡Con qué sombríos colores habia yo representado el triste destino del desgraciado que, doblando la cabeza al yugo de esta patrona, gana con el sudor de su frente su soldada de esclavo! ¡Cuán diferentes eran los procederes de la Poesía! ¡Qué dulce vision era para los corazones afligidos! ¡Bella de forma, de maneras imponentes, reconocíase en ella á la hija de la Libertad! La conciencia de sí misma le daba la dignidad

sin el orgullo; sus vestiduras velaban sus miembros sin molestarlos, y los numerosos pliegues de sus ropajes, semejantes á un céntuple eco, repetían los graciosos movimientos de la divinidad! ¡Qué contraste! A qué lado se inclinaba mi corazón, lo adivino sin esfuerzo. Nada estaba descuidado para caracterizar mi musa; yo le prodigaba, á ejemplo de mis predecesores, las coronas y los punales, las cadenas y las máscaras. La discusión entre estos dos personajes es viva, y la oposición de sus razonamientos saliente; á los catorce años se gusta de poner lo más cerca posible lo blanco de lo negro. La Industria habla cual cuadra á una persona que se baja á recoger el alfiler que reluce en el pavimento, y la Poesía, como noble pródiga que distribuye reinos. Desdeñando las sombrías profecías de la primera, veo que se me escapan las riquezas que promete á mi sumisión. Desheredado, despojado por ella, me echo en brazos de su rival, que me envuelve enseguida en su manto de oro, á fin de ocultar mi desnudez.

¡Oh querida mía! exclamó Guillermo estrechando á Mariana contra su corazón. Si hubiera podido prever entonces que una divinidad más seductora aún vendría á fortalecerme en mi resolución y á acompañarme en el camino que elegía, hubiera dado á mi poema un desenlace más bello y más verdadero; porque no es una ficción, es la realidad y la vida lo que yo he hallado en sus brazos! Saboreemos nuestra dicha en toda su plenitud y en la convicción de su duración.

Estos abrazos apasionados despertaron á Mariana, que se esforzó en ocultar su turbación con dulces caricias; ella no sabía una palabra de la última parte de la narración de su amante; y de desear es que los relatos favoritos de nuestro héroe encuentren en otra parte oyentes más atentos.

CAPÍTULO IX.

De esta suerte consagraba Guillermo sus noches á un amor tan tierno como confiado, y pasaba sus días esperando la llegada de la noche. Desde el instante en que sus deseos y sus esperanzas se habían elevado hasta Mariana, había vivido una vida nueva, había sentido que empezaba á convertirse en otro hombre; ahora que estaba ligado, unido á ella, la satisfacción de sus deseos habíase convertido en dulce costumbre; su corazón procuraba ennoblecer aquel objeto de sus

tiernas afecciones, y su espíritu se esforzaba por elevar el espíritu de la joven hasta la altura del suyo. Su imagen estaba sin cesar presente en su pensamiento; si al principio ella le había sido necesaria, habíasele hecho indispensable; porque él estaba unido á ella con todos los lazos que pueden ligar á las criaturas humanas; su alma pura sentía que Mariana era la mitad, más de la mitad de sí mismo; su reconocimiento y su consagración no tenían límites.

Mariana también había llegado á equivocarse por un instante y á participar de todas las nobles sensaciones de su amante; mas luego la mano helada del remordimiento vino á posarse sobre su corazón, persiguiéndola hasta en el seno de Guillermo, hasta bajo las alas de su amante. Y cuando se volvía á hallar sola, cuando volvía á bajar de las nubes adonde la había arrebatado la pasión de Guillermo, en la conciencia de su posición, entonces era bien digna de compasión. Ayudada por su ligereza de espíritu, mientras había vivido en medio de un desorden vulgar, no había procurado conocerse nunca; el placer y el disgusto, las humillaciones y la vanidad, la desnudez y la profusión, habían alternado en su existencia; había llegado á persuadirse de que no cedía sino á la ley imperiosa de la necesidad. Mas ahora que la pobre joven se había sentido transportada á un mundo mejor, y que desde lo alto de una colina luminosa había visto las tinieblas de su vida desordenada, comprendía cuán miserable criatura es una mujer que no inspira más que el deseo, sin inspirar el amor y el respeto, y no se encontraba más buena ni en lo exterior ni en lo interior. No tenía nada que pudiera realzarla. Cuando se miraba en sí misma, su espíritu estaba vacío y su corazón sin eco. Cuanto más deplorable era su situación, tanto más se asía á la afección de Guillermo; su pasión crecía cada día, como el peligro de perderle acercábase cada día más inminente.

Por su parte Guillermo se extraviaba cada vez más en regiones más elevadas; había entrado en un mundo nuevo, rico en brillantes perspectivas. Pasado el exceso de la primera alegría, parecía ver claramente aquello que hasta entonces había permanecido para él en lo vago: ¡ella es tuya! ¡ella se ha entregado á tí! Ella, esa adorable criatura tan solicitada por todos, se ha confiado á tu honor, á tu fe, pero no ha dado con un ingrato.

Cuando andaba ó cuando se encontraba solo, se hablaba á sí mismo; la violencia de sus emociones se deshacía en frases pomposas, en las cuales se hacía á sí mismo las protestas más exaltadas. Pensaba que aquello era claro aviso del destino, que se servía de Mariana para darle la mano y arrancarle á su existencia comun y monotoná, de la que procuraba salir hacia mucho tiempo. Abandonar á los suyos, la casa de su padre, parecíale fácil. Era jóven y nuevo en el mundo, y veía en su amor apasionado un presagio cierto del éxito que en él debía obtener. Su vocacion por el teatro aparecíasele claramente; acercábase al fin que se habia propuesto: la mano de Mariana; al mismo tiempo se veía con complaciente modestia gran actor y fundador de un teatro nacional, que todo el mundo deseaba. Todo aquello que hasta entonces habia permanecido enterrado en los más recónditos rincones de su alma, poníase en movimiento. Pintaba todas estas ideas con los colores del amor en un lienzo de nubes cuyos contornos se confundian, pero cuyo conjunto producía un efecto mágico.

CAPÍTULO X.

Hallábase en su casa hojeando sus papeles y haciendo sus preparativos de marcha. Aquello que tenía alguna relacion con sus ocupaciones diarias, dejólo á un lado; quería, durante su peregrinaje por el mundo, verse libertado de aquel recuerdo desagradable. Los poetas y los críticos obtuvieron el sitio de honor que se concede á los antiguos conocidos. Esta revista le hizo hacer un descubrimiento humillante, porque se apercibió de que las obras didácticas en su mayoría no estaban cortadas. La convicción de que aquella clase de obras le eran necesarias, habíale inducido á comprarlas en gran cantidad, pero toda su buena voluntad no le habia conducido ni aún hasta la mitad del todo. Como ya lo hemos dicho, sólo el efecto de la acción le interesaba; de modo que habia hecho ensayos en todos los géneros, sin profundizar ninguno de ellos.

Werner entró, y viéndole rodeado de papeles cuyo contenido conocía, le dijo riéndose:

—¿Aún andas con tus papelotes? ¡Si al ménos fuera para concluir un poema, un drama! Pero, no; tú hojeas, tú no piensas sino en bosquejar uno nuevo.

—Terminar no es incumbencia del escolar; bastante es para él el ejercitar.

—Sin duda, con tal de que finalice todo lo bien que esté en su mano.

—Puede, sin embargo, formularse esta pregunta: ¿No se puede augurar bien de un jóven que, despues de haber emprendido lo imposible, renuncia á su trabajo y cesa de perder su afán y su tiempo en una obra que nunca podrá tener valor alguno?

—Ya sé que tú nunca has sabido llevar á término nada; apénas has llegado á la mitad del camino, cuando te sientes agotado. Cuando dirigias nuestro teatro de muñecos, ¡cuántas veces vestias tus pequeños actores! ¡Qué de decoraciones recortabas! Querias representar una tragedia, despues otra, y de todo aquello cuando más nos dabas un quinto acto, en el cual la acción tenía color y era rápida, y los personajes se daban de puñaladas á quien más podía.

—¿De quién es la culpa, si descosíamos á cada instante los trajes de nuestros muñecos, y si atestábamos los bastidores de un guardarropa inútil? ¿No eras tú quien para venderme un nuevo pedazo de cinta explotabas mi entusiasmo?

—Siempre me acordaré, dijo Werner riendo á carcajadas, de que yo sacaba beneficio de vuestras expediciones dramáticas como un proveedor de ejército. Cuando os armásteis todos para la redención de Jerusalem, yo realicé beneficios tan brillantes en mi género como los que los venecianos sacaron en otro tiempo en una circunstancia análoga. No conozco en el mundo nada más razonable que hacer redundar en beneficio propio las extravagancias de los demás.

—No sé si sería más noble intentar curarlas.

—Conozco el mundo: sería perder el tiempo y el trabajo. Sé que es difícil, aún á un individuo aislado, el llegar á ser sabio y rico, y que nunca llega á serlo sino á expensas de los demás.

—¡Calle! dijo Guillermo enseñándole un cuaderno. Acabo de encontrar mi *Jóven entre los dos caminos*; bueno ó malo, éste al ménos está terminado.

—Echalo al fuego; es un asunto detestable. Esa composición me ha desagradado siempre y ha causado disgustos á tu padre. Los versos pueden ser buenos, pero la idea es falta de raíz. Aún recuerdo ese comercio personificado, esa miserable sibila avellanada. Ha debido desenterrarse ese modelo en alguna tienda de mercería al por menor. Tú no tenias en aquella época la menor idea del comercio.

¿Existe un genio que sea, que deba ser más extenso que el de un verdadero comerciante? ¿Qué segura mirada no sacamos nosotros del orden que nos vemos obligados á introducir en nuestros asuntos? Ese orden admirable nos hace siempre y por doquiera abarcar el conjunto sin dejarnos distraer nunca por el detalle. ¡Qué de ventajas saca el comerciante de la teneduría de libros por partida doble! En verdad que es uno de los más bellos inventos del entendimiento humano, y todo padre de familia debia introducir en su casa el uso de ella.

—Permíteme, dijo Guillermo riendo; empieza por la forma, cual si fuera la cosa principal; vosotros los mercaderes, á fuerza de sumar y de hacer balances, olvidais el verdadero total de la vida.

—Desgraciadamente, querido, tú no ves que el objeto y la forma no suman más que uno, y no podrian existir el uno sin el otro. El orden y la claridad aumentan el espíritu de economía y el amor al lucro. El hombre disipado se complace en una situacion turbia; no gusta de hacer la cuenta de lo que debe; para el hombre laborioso y ordenado, por el contrario, nada hay más agradable que poner cada dia en limpio la suma siempre creciente de su haber. Las pérdidas más inesperadas no podrian asustarle, porque sabe que tiene algun beneficio eventual que poner en el otro platillo de la balanza. Estoy convencido, amigo mio, de que si tú quisieras seriamente ocuparte en el comercio, reconocerias presto que abre digna palestra á las más vastas facultades intelectuales.

—El viaje que proyecto modificará tal vez mis ideas.

—¡Oh! ¡Ciertamente! Sólo te falta el espectáculo de una gran actividad comercial para decidirte á ser de los nuestros; y á tu vuelta, te apresurarás á formar al lado de los que, con toda clase de especulaciones ó de comisiones, saben atraer para sí una parte del bienestar y del dinero que cumple en el Universo su circulacion fatal y necesaria. Fija tus miradas en las producciones artísticas y naturales de las diversas partes del mundo, y verás que todas han llegado á ser necesidades indispensables para nosotros. ¿No tiene derecho á estar orgulloso de sí mismo el espíritu activo que sabe procurarse á propósito, ya fácilmente, ya con trabajo, los objetos más buscados, y que por consecuencia llegan pronto á faltar, que sabe conocerlos, que puede suministrar inmediatamente á ca-

da cual aquello que pide, abastecerse de ello prudentemente, y sacar un beneficio de cada momento de esta circulacion? Creo que hay en esto de qué regocijar á cualquiera que tenga cabeza.

Como Guillermo pareciera asentir, Werner continuó:

—Visita solamente algunos puertos de mar, alguna gran ciudad comercial, y te encontrarás arrastrado en este torbellino. Cuando veas á todos esos hombres ocupados, cuando veas de dónde llega cada cosa, adónde cada cosa va, tú experimentarás el deseo de meter en ello baza. Verás las mercancías más insignificantes en sus relaciones con el comercio en general, comprenderás que todo tiene su importancia, porque todo acrecienta la circulacion, de la que tú sacas tus medios de existencia.

Werner se habia acostumbrado á considerar desde un punto de vista elevado su comercio y sus negocios; estaba persuadido de que obraba con mucha más cordura que su amigo, en otro tiempo razonable, y que ahora aplicaba todas las fuerzas de su espíritu y prestaba tal importancia á cosas completamente fuera de la realidad. Pensaba siempre que á él le correspondia reprimir este falso entusiasmo y volver á tan buena naturaleza al camino recto; con este propósito continuó:

—Los poderosos de este mundo se han apoderado de la tierra, y en ella viven en la fuerza y la abundancia. El más pequeño rincón de nuestro mundo se halla en poder de amo, y éste está sólidamente establecido; los empleos y demas funciones civiles producen poco. ¿Queda un patrimonio legal, una conquista legítima más que el comercio? Si los príncipes de la tierra se han hecho dueños de los caminos, de los rios, de los puertos y sacan grande beneficio de los que por ellos circulan, ¿no debemos apoderarnos con diligencia de la ocasion de levantar, por nuestra actividad, un impuesto en provecho nuestro sobre todos los objetos que las necesidades verdaderas ó ficticias de los hombres les hacen indispensables? Créeme, querido, si quisieras hacer un uso digno de tu imaginacion poética, tu divinidad presto sería vencida, anonadada por la mia. Verdad es que ella prefiere el ramo de olivo á la espada, que no conoce el puñal ni las torturas; pero reparte á sus favoritos coronas de oro sacadas de origen, y perlas recogidas en la profundidad de los mares por sus infatigables servidores.

Aunque ofendido por esta salida, Guiller-

mo supo dominar su susceptibilidad: sabía que Werner era insensible á sus apóstrofes. Por lo demás, como ante todo era justo, concedía á cada cual el derecho de entusiasmarse por la profesion que habia elegido, pero no entendia que éste llegara hasta atacar aquello de que otro habia hecho el objeto de todas sus afecciones.

—Para tí, exclamó Werner, que tomas tan tierno interes por la suerte de los hombres, te será muy grato verles gozar á tu vista con la dicha tan variada que procuran las animosas y diestras empresas comerciales. ¡Qué seductor espectáculo el de un navío que, de vuelta de un viaje feliz, entra cargado de presas importantes, inesperadas! No sólo los parientes, los amigos, los interesados, sino hasta un extraño, se siente trasportado de alegría cuando el marino intrépido salta á la orilla ántes de que la lancha de desembarco la haya tocado, y confía á la tierra fiel los tesoros que felizmente ha disputado á los mares inconstantes y pérfidos. Todos los beneficios del comercio no podrian traducirse por cifras; la fortuna es la diosa de la vida; para formarse idea justa de los bienes con que ella la embellece, es preciso vivir entre los hombres que saben trabajar y que saben gozar en toda la plenitud de su ser de los bienes que les prodiga.

CAPÍTULO XI.

Tiempo es ya de entablar más íntimo conocimiento con los padres de nuestros dos amigos. Estos dos hombres, cuyas opiniones eran opuestas respecto de casi todos los puntos, habianse puesto de acuerdo acerca de éste, á saber: que el comercio es la más noble de las ocupaciones, y que era preciso estar sin cesar pronto á sacar provecho de las utilidades que podian ofrecerles tal ó cuál especulacion.

El viejo Meister habia heredado de su padre una magnífica coleccion de cuadros, de dibujos, de grabados, de antigüedades; habiase apresurado á convertir esta coleccion en dinero sonante, en hacer construir y amueblar su casa á la última moda, y en sacar por todos los medios el mayor partido posible del resto de su hacienda. Una gran parte de ella la habia colocado en el comercio del viejo Werner, que gozaba reputacion de negociante activo, y cuyas especulaciones casi siempre iban coronadas con el éxito. El mayor deseo de Meister era dar á su hijo ocupacio-

nes que á él le faltaban, y dejar á sus riquezas una riqueza que apreciaba sobre todas las cosas. Tenía inclinacion decidida por la ostentacion, por aquello que desea la vista; pero era preciso que además de su esplendor, cada objeto tuviese un valor y una solidez reales. En su casa todo debia ser sólido y macizo, abundantes las provisiones, la plata pesada, el servicio de mesa precioso; pero los comensales eran raros, porque cada comida se convertia en un festin que ocasionaba tantos gastos y trastornos tantos, que hubiera sido imposible renovarlo con frecuencia. De suerte que su interior era simple y monoton, y los cambios que en él ocurrían estribaban precisamente en los objetos de que nadie podia gozar.

Enteramente opuesta era la existencia que llevaba Werner en su vieja y sombría casa. Después de haber terminado sus negocios en un estrecho gabinete ahumado, delante de un viejo pupitre, queria comer bien, y más aún beber bien; pero era éste un placer que no gustaba de gozar solo, y queria ver en su mesa no solamente á su familia, sí que también á sus amigos y á las personas que tenían relaciones de negocios con él. Sus sillas eran viejas, pero cada dia invitaba á un nuevo huésped á sentarse en ellas, y lo excelente de los manjares le hacía olvidar que era servido en vajilla comun; su bodega no contenía mucho vino, pero el que era bebido se reemplazaba habitualmente con otro mejor.

Tal era la vida de estos dos hombres, á quienes el comercio habia relacionado, y que raramente pasaban un dia sin verse. Hoy habian resuelto que decididamente meterian á Guillermo en el comercio.

—Me parece, decia el viejo Meister, que ya es tiempo de hacerle viajar, y de paso podrá tratar algunos de nuestros asuntos en el extranjero; nunca se acostumbrará demasiado pronto á un jóven á la profesion á que se le destina. Vuestro hijo ha salido tan airoso de su último viaje, ha aprendido tan bien á gestionar sus intereses, que he entrado en curiosidad de ver cómo se conducirá el mio. Sin duda que necesitará de más largo aprendizaje que el vuestro.

El viejo Meister, que tenía formado muy buen concepto de la capacidad de su hijo, no se expresaba así sino en la esperanza de ser contradecido por su amigo y oírle hacer un grande elogio de las cualidades de Guillermo. Pero se equivocaba en esto. Werner no tenía

confianza en las cosas prácticas sino en aquellos á quienes habia visto á la obra; replicó friamente:

—Siempre se puede ensayar; le indicaremos el mismo itinerario que á mi hijo, y le daremos instrucciones detalladas. Hay que hacer cobros, renovar antiguas relaciones, crearlas nuevas; podrá al mismo tiempo ocuparse de la empresa de que os he hablado, y en la cual no me lanzaré sin haber hecho tomar informes acerca de las localidades.

—Es preciso que haga sus preparativos y que parta cuanto ántes. ¿En dónde tomaremos un caballo capaz de soportar ese viaje?

—No iremos á buscarle muy léjos. Uno de nuestros mercaderes de la pequeña poblacion de H***, que nos debe algun dinero, me ha ofrecido uno en pago: mi hijo le ha visto; dice que es una bestia excelente.

—Pues bien, Guillermo mismo irá en busca de ese caballo. Partiendo con la diligencia, puede estar de vuelta pasado mañana; durante este tiempo le prepararemos su portamanteo y sus pliegos, de modo que podrá salir á principios de la semana próxima.

Mandaron llamar á Guillermo y le significaron esta resolucion. ¡Cuál fué su alegría al ver en sus manos el medio de realizar sus proyectos, cuando él hasta entónces sólo habia tenido la ocasion sin los medios! Su pasion no le dejaba conocer cuán culpable era este proyecto; por el contrario, sentíase arrogante por haber tenido el valor de seguir la noble carrera de la que querian separarle.

Estaba seguro de que sus parientes le estimarian y le bendecirian por consecuencia de este acto, y veia un aviso del destino en este concurso de circunstancias.

¡Cuán largo le pareció el tiempo hasta la noche, hasta la hora en que debia volver á ver á su querida! Estaba en su cuarto razonando su plan de viaje, como un ladron experto que saca muchas y repetidas veces sus piés de sus grilletes, para persuadirse bien de que le es posible salvarse, y que el momento de su libertad está más cercano de lo que creen sus guardianes. Sonó la hora de la cita; salió de la casa, atravesó varias calles silenciosas. En fin, en la Plaza Mayor levantó las manos al cielo; sentia al Universo entero debajo y detras de él, estaba desligado de todo vínculo. Creyéndose ora en brazos de Mariana y ora á su lado en el brillante andamiaje de un teatro, nadaba en un océano de esperanza, cuando la voz cadenciosa del cantor nocturno le recordó de repente que aún estaba sobre la tierra.

—Su querida se adelantó á recibirle en la escalera. ¡Qué bella estaba! ¡Qué adorable! Estaba vestida con su nueva bata blanca; parecióle que nunca la habia visto tan seductora. Ella estrenaba el regalo del amante ausente en brazos del amante presente; en la embriaguez de su pasion prodigó á Guillermo el tesoro de las caricias que le inspiraba la naturaleza y que el arte le habia enseñado. ¿Hay necesidad de preguntar si él fué feliz?

Él le reveló lo que habia sucedido, desarrolló ampliamente sus planes, sus esperanzas: la buscara colocacion, vendria á buscarla, y esperaba que entónces no le negaria su mano. La pobre niña guardó silencio, ocultó sus lágrimas y estrechó á su amigo contra su pecho. Guillermo, no sin interpretar en buen sentido su silencio, hubiera deseado una respuesta; despues le preguntó muy quedo, muy tiernamente, si podia esperar ser padre luégo. Esta pregunta no obtuvo otra respuesta que un suspiro y un beso.

Él le reveló lo que habia sucedido, desarrolló ampliamente sus planes, sus esperanzas: la buscara colocacion, vendria á buscarla, y esperaba que entónces no le negaria su mano. La pobre niña guardó silencio, ocultó sus lágrimas y estrechó á su amigo contra su pecho. Guillermo, no sin interpretar en buen sentido su silencio, hubiera deseado una respuesta; despues le preguntó muy quedo, muy tiernamente, si podia esperar ser padre luégo. Esta pregunta no obtuvo otra respuesta que un suspiro y un beso.

GÖTTE.

Continuará.

POETAS CONTEMPORÁNEOS

DON ADELARDO LOPEZ DE AYALA

I

He leído en Hegel (cierta vez que tomé la resolucion de leer á Hegel) que la poesia dramática es aquella «que reúne á la objetividad de la epopeya el carácter subjetivo de la poesia lírica». No estoy bien seguro de haber comprendido todo el alcance de las reflexiones con que el filósofo germano ilustra este su principio estético. Mas sí lo estoy plenamente de poderlas repetir al pié de la letra, como lo ha hecho ya mi esclarecido amigo el Sr. Revilla, ganando, con justicia, por ésta y otras graves empresas, fama de docto y avisado. Respetando, como debo respetar, esta fatal delantera, permítaseme, no obstante, deplorarla amargamente, pues nadie puede figurarse hasta qué punto me conceptuara feliz de que tales flores metafísicas se irguie-

ran todavía sobre el tallo frescas y olorosas, esperando con resignacion la podadera del sabio. Me cuesta gran trabajo renunciar á ese barniz filosófico que tanto avalora las producciones de los jóvenes críticos. Yo habia soñado para esta semblanza con un preámbulo sabio y concienzudo que supiera abrirle mañosamente las puertas de la buena sociedad y de las doctas corporaciones; un preámbulo que ganase para su autor inmediatamente una inmensa reputacion de hombre serio. ¡Ah! ¡Quedan ya tan pocos hombres serios! ¡Son tan pocos, por desgracia, los escritores que saben mantener su pluma limpia de toda farsa ó chanzoneta! Quizas dentro de poco no quede en el mundo más hombre serio que el Sr. Revilla. Por mi parte, declaro que hice hasta aquí y seguiré haciendo, Dios mediante, los mayores esfuerzos para despojarme de esa levadura jocosa que se desliza como veneno mortal en la mayoría de mis producciones.

Hace ya algunas noches me hallaba presenciando una de las brillantes funciones ecuestres y gimnásticas del circo de Price en la misma sazon que la embajada china asistia tambien al espectáculo desde un palco. Respirábase en aquel recinto una atmósfera frívola, que no podia ménos de disgustar á todo hombre grave. Los *clowns* agotaban el repertorio de sus muecas y carocas más ridiculas y extravagantes, las cuales producian en aquel público superficial mucha algazara, escuchándose aquí y allá extemporáneas y fútiles carcajadas, viéndose en todas partes desordenados movimientos que turbaban el ánimo y lo dejaban sumido en tristes meditaciones. Halló el mio, sin embargo, motivo para regocijarse al percibir los semblantes serenos y rígidos del embajador chino y su cortejo. ¡Qué majestad y qué calma reinaban en aquellos continentes mongólicos! Todos los chinos se mantenian en una perfecta dignidad, sin manifestarse en poco ni en mucho impresionados por lo risible del espectáculo. Yo los contemplaba extasiado, y lágrimas de admiracion acudian sin poderlo remediar á mis ojos. ¡Ay!—pensaba al mismo tiempo.—Con facultades tan excepcionales de gravedad y circunspeccion, ¡adónde no habrian llegado estos chinos si se hubiesen dedicado en España á la crítica literaria! Tratemos de imitarlos hasta donde alcancen nuestras fuerzas, y si está de Dios que he de renunciar á Hegel (como es mi deber, una vez que otros con más méritos han sabido

trasladar á nuestro idioma sus profundos razonamientos), procure al ménos decir algo mesurado y digno sobre el Sr. Ayala.

II

La combinacion de lo objetivo con lo subjetivo ha sido siempre el fuerte de los españoles. Nuestro país, más dado por impulsos naturales á la acción que á la contemplacion, fué toda la vida vasto escenario manchado con la sangre de innumerables tragedias. El drama se aloja en los temperamentos exaltados é irreflexivos, como la culebra en su nido de hierbas. No hay más que hacer un poco ruido para que se despierte. ¡Y en nuestra patria se ha hecho siempre tanto ruido! Quizas por eso los españoles hemos convertido en sangrientos dramas los aspectos más nobles de la vida: el amor, la gloria, el honor, la religion. El español no ha devorado jamas sus impresiones en el silencio y la soledad, como el sombrío germano ó el melancólico semita; ha necesitado sacarlas al aire libre y verlas seguir su camino por la tierra. La lucha consigo mismo dura para él sólo un instante: la lucha con lo que le rodea dura toda la vida. Prefirió siempre lo definido y lo enérgico á lo vago y lo sentimental, y con la misma facilidad que ha hecho salir el pensamiento de la boca, ha sacado la espada de la vaina. En la historia no existe ningun pueblo que haya tenido tan cerca el pensamiento de las manos.

Un pueblo tan objetivo, digámoslo con Hegel, esto es, con el Sr. Revilla, necesariamente ha de poseer una gran epopeya ó un gran teatro. Nosotros poseemos un gran teatro. Añadid unos bastidores por los lados, unas bambalinas por arriba, unas candilejas por abajo y unos deliciosos versos por todas partes, á lo que há doscientos años acaecia, á la luz del sol en nuestros palacios, en nuestros caminos, en nuestros templos, á la de la luna, en nuestros jardines, en nuestras calles y en nuestros mesones, y tendreis un teatro apasionado, vivo é interesante. Así lo han hecho Lope, Calderon, Tirso y Moreto. Y como la literatura responde siempre á cualidades ó aficiones del espíritu, y gusta tambien de adquirir costumbres pisando hoy el camino que siguió ayer con preferencia á otro nuevo, de aquí que, apesar del trascurso de los tiempos, del cambio radical de vida y de las notables modificaciones que el carácter ha experimentado, nuestra poesia se dirija

aún hoy con amor al teatro, que ha sido siempre el de su gloria. Desde Calderon hasta ahora hemos perdido mucha fe, mucho heroísmo, mucha superstición, mucho entusiasmo, mucha firmeza y muchas costumbres pintorescas, que todavía nos agrada ver retratadas en la escena. Sobre todo, hemos perdido á Calderon. Más aún con eso, no deja nuestra época de ofrecer aspectos interesantes y poéticos que, si no engendraron hasta el presente un gran teatro, han motivado por lo ménos algunas obras maestras del arte dramático. Moratin, Breton de los Herreros, Ventura de la Vega, García Gutierrez, Tamayo y Ayala son sus autores.

No es Ayala el ménos insigne de cuantos acabo de mencionar. De todos los autores que han intentado representar á la sociedad española de este siglo en sus obras, si exceptuamos á Breton, ninguno lo ha realizado, á mi entender, de un modo más perfecto y acabado que Ayala. Pero ¿es el destino del artista representar al vivo los sentimientos de la sociedad en que ha nacido, ó debé, por el contrario, expresar los sentimientos generales y permanentes del género humano, para que sus obras tengan consistencia y sepan resistir al esfuerzo de los siglos? No lo sé, ni lo sabe nadie tampoco; que es imposible resolver asuntos en que intervienen gustos, opiniones y hasta escuelas filosóficas contrarias. La inclinacion del sentimiento me arrastra, sin embargo, á preferir lo primero. Yo amo ante todo y sobre todo en el artista lo individual, esto es, lo que le caracteriza y le distingue de los demas hombres y los demas artistas. Me deleito en observar la impresion que sobre su espíritu excepcional causa lo que le rodea, las huellas profundas ó leves que van dejando en él los sucesos de la vida. Dejémosle que pinte á su manera sus propios sentimientos y los sentimientos de los que le acompañan en este viaje terrenal. Humanos sentimientos habrá de expresar, porque hombre es él y hombres los que le rodean. Lo que hace amable la poesía, despues de todo, no son, en mi entender, los sentimientos generales ó permanentes que expresa, sino el cómo se han sentido estos sentimientos en cada pueblo, en cada individuo; el cómo la luz interior que á todos nos ilumina se ha descompuesto al atravesar aquellos prismas, originando tantos y tan hermosos matices. La poesía es un mundo aparte, donde los sentimientos se fijan con más fuerza unas veces, se desvanecen y se pierden otras, se

iluminan, se oscurecen, agítanse febriles ó reposan blandamente; modificanse, en fin, de mil extraños modos, para que el poeta extraiga de ellos ese divino jugo que hace la vida dulce. Esto es la poesía, ó esto es lo que me tomo la libertad de juzgar que es, no creyendo con ello herir la dignidad de nadie. Todo hombre lleva, más ó ménos grande, uno de esos mundos dentro de su alma. Yo sé que mis sentimientos son iguales á los de otro hombre cualquiera; mas en los años que llevo de existencia, han surgido dentro de mi espíritu algunos risueños ó lúgubres fantasmas que se desvanecieron tan pronto como los que el humo de mi hogar forma en los aires, algunos fugitivos y adorados sueños que pasaron para no volver, y que exclusivamente me pertenecen. Si yo hallase en el fondo de mi pensamiento la expresion que les conviene, no les quepa á ustedes duda, sería un poeta.

Por eso lo es el Sr. Ayala; porque la encuentra. La mayor parte de los hombres pasamos por el mundo sin percibir apénas más que las apariencias de las cosas. Actores ó espectadores en los sucesos que en torno nuestro acaecen, no comprendemos, ni nos imaginamos siquiera su valor poético hasta que el artista nos lo ofrece en sus producciones.

Todos los dias tropezamos en las tertulias á que asistimos con alguno de esos hombres cuyo egoísmo les lleva á concebir y pregonar un sistema moral para la vida, donde se disculpen y hasta se ennoblezcan los vicios y los crímenes de la suya; con uno de esos distinguidos infames que aspiran por medio de modales elegantes y correctos á difundir entre los pueblos un nuevo Evangelio, donde la perfidia y la bajeza sean consideradas de buen tono, y las más nobles virtudes, patrimonio sólo de los cursis. Al lado del apóstol tambien solemos ver al discípulo, que, rebo-sando de fe y entusiasmo, marcha con botas de charol por el áspero sendero del maestro. Pero no se le ha ocurrido sino al Sr. Ayala que el converso fije sus miradas en la esposa del apóstol, y éste le preste, sin saberlo, todo su valioso apoyo para la consumacion de su propia deshonra, originándose de aquí un enredo tan sencillo é interesante como el de *El tejado de vidrio*.

¿Quién no ha presenciado y aún intervenido en alguna de las contiendas que el interés del dinero riñe á cada instante con los sentimientos generosos y los afectos dulces

del corazón? El interés—que responde á uno de los aspectos repugnantes de la naturaleza humana— no es un vicio peculiar de nuestra época; mas no hay duda que en nuestra época presenta caracteres muy singulares y dignos de atención. La codicia ha tomado en el transcurso de los tiempos formas más sutiles y corteses; se ha acicalado un poco, y se la conoce hoy con el nombre inofensivo de *negocios*. Nadie mejor que el Sr. Ayala ha sabido describirla, poniéndola en lucha con la pasión más divina y humana al mismo tiempo, con el amor, en *El Tanto por ciento*, la más trascendental sin duda, y, en concepto de muchos, la más bella de sus obras.

Apénas pasa un día sin que necesitemos estrechar la mano de una de esas niñas angelicales que van á pié por Recoletos, lanzando miradas furtivas y ardorosas á los carruajes que cruzan. A veces la vemos acompañada de un jóven de modesto porte y mirada franca. Es su novio, nos dicen; un muchacho que sigue la carrera de médico y está empleado en una sociedad de ferrocarriles. Después de escuchar la noticia, pasamos á otra conversacion. Más tarde nos dicen que aquella niña se ha casado con Fulano de Tal, un conocido nuestro y hombre acaudalado. Más tarde la vemos en un palco del Teatro Real ó en un carruaje de la Castellana, y le quitamos desde lejos el sombrero. Más tarde vemos á su marido acompañando á otra mujer, hermosa y cubierta de galas. Más tarde la encontramos en una casa, nos saluda con afecto, se muestra un poco expansiva y nos dice que no es dichosa en su matrimonio. Y el jóven estudiante, empleado en ferrocarriles ¡ay! ni por casualidad vuelve á parecer por nuestro pensamiento! ¿Dónde está?—A lo mejor vemos su nombre en un periódico. Le han nombrado presidente de una comision científica. ¡Pluguiera á Dios que le nombraran también hombre feliz!

¡Qué historia tan vulgar! Y sin embargo, con ella se ha formado una de las obras más admirables del teatro moderno.

Consuelo era uno de esos ángeles que piensan mucho en su porvenir, «y no se empalagan nunca de sí mismos cuando se miran al espejo». Fernando la amaba con toda su alma, como aman los hombres sensibles y honrados, sin empalagarse jamás de pensar en ella. Fernando llega un día á casa de su amada después de larga ausencia. Consuelo se desmaya al verlo. ¡Qué corazón tan puro! Examinad bien ese corazón, no obstan-

te; dadle muchas vueltas en la mano, y percibireis en cierto paraje una ligera picadura. Por allí ha penetrado el gusano de la vanidad. Arrojad, arrojad pronto ese corazón. Dentro de él ya no hay más que podredumbre.

¡Pobre Fernando! Acaba de recibir la primer pedrada que el egoísmo arroja á la inocencia en este mundo! Consuelo, aquella niña que habia visto por vez primera sentada al piano,

«muy sorprendida y risueña
de que mano tan pequeña
moviese tan grande estruendo».

aquella niña que se habia filtrado en su alma como un rayo de luz, no era un rayo de luz de los cielos, sino de las hogueras del infierno. El oro que Fernando despreciara por no manchar su conciencia, lo habia recogido Ricardo, y Ricardo habia decidido pedir la mano de Consuelo por conducto de Fulgencio, el mismo día que llegó Fernando. Consuelo á su vez habia decidido casarse con Ricardo. ¡Qué tiene esto de particular! ¿Acaso es la primera niña que deja un novio y toma otro? Así razona ella con profundidad que encanta y admira á Fulgencio, hombre muy bien afinado con el sentido moral predominante en nuestra sociedad.

Hay una escena violenta entre Consuelo, Antonia, su madre, y Fernando. Antonia, que amaba ya á éste como á un hijo, se desmaya; pero Consuelo se habia comprometido á salir en carruaje con Fulgencio, la señora de éste y Ricardo, y no tiene más remedio que marcharse apénas vuelve su madre á la vida. ¡Ay! Fernando la ha perdido para siempre... y su madre también! Así terminó el acto primero.

Ricardo era un hombre frío, imperioso y egoísta. Nada tiene de extraño que Consuelo se enamorara de él perdidamente. Ricardo, pasada la luna de miel, considera á su mujer como el mueble más elegante de su casa. Una vez satisfecha su vanidad por esta parte, era imprescindible satisfacerla por otras, y al efecto dedica su amor y sus brazaletes á una renombrada cantante. Consuelo sorprende una carta y paladea todo el amargor de los celos. Fulgencio, el dulcísimo Fulgencio, tiene la buena ocurrencia de convidar á comer en su casa (donde comían también Ricardo y Consuelo) á Fernando. ¡Con qué jovial indiferencia habia escuchado

Consuelo esta noticia! Al saber Fernando que va á sentarse á la mesa en compañía de Ricardo y Consuelo, trata de irse.

Ya es tarde. Consuelo penetra en la habitación y experimenta una ligera sorpresa, de la cual bien pronto se repone. Mientras Consuelo habla con Fulgencio para informarse del concierto donde canta su rival, Fernando, apoyado en una silla, no despliega los labios. En este silencio tan natural, tan delicado, tan conmovedor, se revela bien claramente lo poeta que es el Sr. Ayala. Un autor observador no hubiese dejado nunca de hacer prorumpir al desdichado amante en desesperadas exclamaciones, que destruirían enteramente el efecto de esta interesantísima escena.

Fernando no quiere quedarse á comer, y Consuelo lo despide diciéndole:

—Pues, Fernando, que nos veas

antes de irte; no seas

ingrato...

Todos nos hemos oído llamar ingratos de esta suerte por alguna hermosa dama; pero todos conocemos también la transcendencia de la suave y distraída sonrisa que suele acompañar á este adjetivo. Por eso Fernando cae desolado en una silla, cubriéndose el rostro con las manos. ¡Cómo la ama todavía!

Consuelo, ofuscada por los celos, se arroja á dárselos á su marido con Fernando, suponiendo que éste, amante suyo en otro tiempo, era el mejor para el caso. En presencia de Ricardo le escribe una carta invitándole á que venga á visitarla, y entrega el billete á Ricardo para que lo remita á su destino (esto es, para que lo lea). Pero Ricardo no lee el billete, porque ha leído ya todo lo que necesitaba en el alma de Consuelo, y lo deja intacto sobre la mesa. Llega Fernando, y Fulgencio, que había recogido el billete, se lo entrega.

¡Por qué se habrá escrito una carta tan infame! Parece increíble que dos renglones de una letra menuda y desigual vuelvan el entendimiento y hasta el corazón del reves. Yo, sin embargo, lo creo á pié juntillas. Fernando se sorprende, se acalora, se llama infame, delira... y resuelve acudir á la cita. Da fin el acto segundo.

Es de noche. Lorenzo, el criado de Ricardo, después de haber acompañado al Teatro Real á Consuelo, se entretiene en coloquio amoroso con Rita, la doncella. Algunos til-

dan de larga esta escena. Yo la encuentro tan extraordinariamente bella, que nunca me he fijado en sus dimensiones. El suave donaire, el sosiego y la frescura de esta escena son medios artísticos de gran delicadeza para que la aparición del drama cause efecto más seguro. El drama aparece con la entrada repentina y violenta en la escena de Consuelo. Se dirige al armario de sus joyas, y pide con voz temblorosa la llave á Rita. En el teatro había visto á su rival luciendo un aderezo muy semejante á uno suyo, y viene á saber si es el mismo. El aderezo no está en el armario. En el mismo instante aparece Fulgencio, que de acuerdo con Ricardo, era portador de otro aderezo igual y una mentira. El portador recibe en pago de sus buenos oficios algunas injurias, y Consuelo se queda á solas con su amargura y sus celos abrasadores. ¡Cuán lejos estaba su pensamiento en aquel instante de Fernando! Y, sin embargo, en aquel instante Fernando entraba en la casa, subía la escalera, alzaba la cortina del gabinete. ¿Qué venía á hacer allí? Consuelo, la misma Consuelo, cuya mano había escrito una carta llamándolo, se lo pregunta con sorpresa.

Fernando venía á apurar las heces de aquel cáliz que el destino le presentó al enamorarse de Consuelo. Venía á saber que no sólo no había sido amado jamás, sino que su amor había servido en esta ocasión de señuelo para atraer al precioso é irresistible Ricardo. ¡Y la mujer que se cebara con tanta saña en su pobre corazón estaba allí, la tenía delante de los ojos, siempre con su rostro dulce y angelical! Fernando se para á meditar el estrago que aquel rostro dulce y angelical ha hecho en su alma, y se sienta con tranquilidad aterradora en una silla. ¿Qué intenta? ¿No repara que Ricardo vendrá muy pronto? ¿Qué importa! «Hoy habrá penas para todos», dice con sonrisa feroz el desdichado amante. Y ni las amenazas ni las súplicas de Consuelo le conmueven. Mas al fin le disuaden de su propósito las lágrimas de Antonia, de aquella pobre madre que había protegido su amor en otro tiempo.

«Triunfa el crimen! ¿Quién lo duda, si hasta le prestan su ayuda la virtud y la bondad!»

exclama Fernando al partir. Llega Ricardo, y sin sospechar siquiera, ó si los sospecha sin dárselo nada de los atroces tormentos que su-

fre Consuelo, se despide de ella para Paris. Se va á Paris con su querida. La infeliz esposa se arroja á los piés del marido, y con sus lágrimas y ruegos quiere retenerlo. Todo es en vano. Las lágrimas pueden mucho con los hombres que tienen corazon, pero nada con los que no lo tienen. Se va Ricardo y aparece Fernando, que por haber hallado la puerta cerrada, tuvo necesidad de presenciar la escena anterior desde la habitacion contigua. A él se dirige la infeliz Consuelo pidiéndole perdon. Pero Fernando, el humillado y escarnecido Fernando, ¡cómo se ha de compadecer de sus tormentos, cómo se ha de apiadar de ella! Se va Fernando como se habia ido Ricardo. En aquel amargo trance, ¿á quién acudir? ¿Quién podía compartir con la desventurada esposa el dolor de aquel fiero abandono? Tan sólo su madre, su tierna madre, que tanto la amaba. Más al dirigirse á su habitacion, Rita sale de ella dando gritos y pidiendo socorro... Su madre se habia ido tambien á otro mundo mejor!

¡Dios mio! (esclama Consuelo desplomándose)

¡Qué espantosa soledad!

Sí; la soledad espantosa que el egoista va formando en torno suyo en esta vida. El desenlace no es artificioso ni violento; es un desenlace sencillo, natural y lógico. Obsérvese en él sobre todo la austeridad que debe acompañar á una catástrofe interior más que exterior. Pero esa misma austeridad lo hace infinitamente más conmovedor. Aquella figura sola, terriblemente sola en medio del escenario, que cierra los ojos para mirar á su alma, y se desploma lúgubrementemente sobre el pavimento, es una figura verdaderamente grande y patética.

He relatado adrede el argumento de *Consuelo*, por ser éste tal vez la más sencilla y corriente de las historias que el Sr. Ayala ha elegido para tema de sus obras. El cómo de esta historia tan vulgar se ha hecho una obra dramática tan primorosa y exquisita, yo no puedo explicarlo. Vayan ustedes al teatro, y allá verán cómo se ha hecho. El señor Ayala nos trasporta á todos á las tablas con los mismos cuerpos y almas que tenemos; y sin dejar de ser los mismos pobres diablos que nos empujamos por las tardes en Recoletos y tomamos el fresco por las noches en los jardines del Buen Retiro, quedamos por arte de birlibirloque transformados en personajes muy interesantes y poéticos.

Casi estoy por asegurar que el Sr. Ayala sería capaz de presentar en la escena una discusion del Ateneo, con discurso de Perier y todo, y hacer que todos estuviésemos embarcados y suspensos escuchándola.

Mas yo que sé decir todas estas lindas cosas de un poeta, me pinto solo para decir las feas cuando por desgracia las encuentro. Y si no, van ustedes á ver.

Las obras todas del Sr. Ayala dejan percibir, desde el comienzo hasta el fin, al artista de corazon y al poeta de nacimiento; mas en ninguna de ellas se revela el ingenio poderoso que señala ó determina, impulsado por una fantasía viva y espontánea, nuevos é ignotos derroteros para el arte. Estos ingenios, que aparecen de tarde en tarde, son por regla general fecundos, desordenados, sublimes muchas veces, monstruosos y extravagantes otras, pero siempre grandes y admirables. No concurren estas circunstancias en la inspiracion del Sr. Ayala, por lo cual, á mi entender, no debe ser comprendido entre tales ingenios, sino mejor entre aquellos otros que, arrojándose con criterio más seguro, pero con ménos inventiva y atrevimiento, por las vías trazadas por los primeros, las asientan y perfeccionan.

Caracterizanse las obras del Sr. Ayala por una perfecta regularidad y proporcion entre todas sus partes, por un orden acabado en el desenvolvimiento de la fábula, y principalmente por una discrecion nunca desmentida en todo cuanto dicen y ejecutan sus héroes. Es una discrecion pasmosa. Declaro, no obstante, ingenuamente que tanta discrecion me llega algunas veces á fatigar. Hay ocasiones en las obras de arte en que el lector desea que el artista le sorprenda por un golpe de mano atrevido de la imaginacion, aunque sea por un disparate estupendo. Llegan momentos en que realmente siente una nostalgia de Grilo. Todo ménos ese compas que el entendimiento—no la fantasía—va marcando friamente al traves de los parajes de una obra. En las de nuestro poeta percíbese con harta claridad la mano que escribe y que borra, que torna á escribir y torna á borrar. El arte es de todo punto necesario, pero conviene siempre ocultar esa mano entrometida, para que las gentes, en vez de arte, no den en llamarle artificio.

Mas si la inspiracion del Sr. Ayala no tiene ni el calor ni la fuerza que la de nuestros grandes dramaturgos del siglo xvii, en cambio hay en ella tanta dulzura y elegancia que

no puede ménos de ser amable para todo el mundo, aún para aquellos que, como yo, prefieren lo grandioso á lo correcto. Me gustan más, lo confieso, los aromas penetrantes de un bosque de naranjos y limoneros, de acacias y magnolias, pero también aspiro con delicia el perfume suave y delicado de las flores que crecen en los tiestos. Me gustan más las tierras que naturaleza hizo fértiles, pero me agradan también mucho las que lo son por la diligencia y el esmero de su dueño.

Tiene, á más de dulzura y elegancia, la inspiración de nuestro poeta un no sé qué de buen tono, un cierto dejo aristocrático que al trasmitirse á sus obras se filtra también en el alma de los espectadores. Cuando salgo de verlas en el teatro, aunque vista camisa de color y americana, sin saber por qué, me figuro que estoy vestido de frac y corbata blanca, y al poner el pié en la calle me extraña grandemente que no me espere para llevarme á casa un ligero y elegante *landó* con dos caballos.

Hasta las sesiones del Congreso de Diputados notan la presencia de nuestro poeta cuando toma asiento en el sillón presidencial, reduciéndose á ser más amenas y correctas. Hay algunas, no obstante, que saben resistir con buen éxito á la influencia artística del presidente. ¡Cuántas veces le he visto al declinar la tarde, con sus dos maceros detras, bostezando una de estas rebeldes sesiones! Así que llega á persuadirse de que ni sus efusivos bostezos ni las miradas distraídas que pasea por el ámbito de la sala logran enternecer á la empedernida sesión, el señor Ayala adopta, como es natural, las medidas que la prudencia y su alta representación aconsejan. Se echa para atrás, y apoyado el codo en el brazo del sillón, deja reposar blandamente la mejilla sobre la mano. Sus ojos permanecen abiertos, muy abiertos, pero su abundante cabellera empieza á descender con lentitud por el suave declive de la frente, y en breve tiempo logra invadir la mayor parte de aquel rostro literario más que político. Al poco rato, sobre la silla presidencial ya no se ven más que cabellos. El Congreso está presidido por una melena.

La luz que poco antes entraba á torrentes por los medios puntos abiertos en las alturas del salón, empieza á retraerse disgustada de la inflexibilidad del reglamento. Lo primero que deja sumido en la sombra es la cabellera del presidente. Pasa con la mayor

indiferencia por encima de la «orden del día», que se halla extendida sobre la mesa, y baja culebreando y con mucho cuidado para no hacerse daño por la charolada madera de la tribuna hasta el redondel, ó como se llame. En el redondel no están más que los taquígrafos, gente de escasa importancia. La luz los mira de reojo y con altivez, y marcha hacia el banco azul, donde se encuentra á la sazón un ministro. La luz se apercibe un momento, como para poner los papeles en orden, y de repente se encara con él, interpe-lándole: —¡Eh! señor ministro, ¿qué noticia tiene S. S. de los desórdenes ocurridos en Navalcarnero? El ministro, como acontece siempre en tales casos, frunce las cejas, arruga las narices y cambia inmediatamente de postura. La luz marcha muy poco satisfecha del ministro. Bien se le conoce en la mirada severa y rápida que lanza de una vez á toda la derecha. Esta mirada va á extenderse también á la izquierda, mas la luz allí se encuentra casi sola y se quiebra, y se sume tristemente en el terciopelo de los bancos. Después se pone á escalar con trabajo las paredes, deteniéndose en cada relieve y en cada adorno para tomar aliento. Después se asoma á la boca de las tribunas, y al ver su negrura renuncia de buen grado á esclarecerlas. Sin embargo, allá enfrente, en la tribuna de la presidencia, muy cerca de una columna, se ve una cabecita blonda, una cabeza de mujer. La luz, sin respeto alguno á lo sagrado y augusto del recinto, se detiene frívolamente á jugar con aquella cabeza, y ahora se empeña con malicia en herirla en los ojos para hacerla sonreír, ahora se entretiene en retozar con sus cabellos, ahora la baña pérfidamente con viva claridad, logrando ruborizarla. ¡Ay! ¡quién no se ha detenido alguna vez en su vida á jugar con una cabecita blonda, sin pensar en el tiempo que pasa! El tiempo que pasa obliga, no obstante, á la luz á abandonar aquella cabecita, y se despide de ella con un prolongado beso, primero en los labios, después en los ojos, después en la frente, después en el pelo. ¡Adios! ¡adios! Sube un poco más y llega al techo. Allí se para un buen espacio, y medrosa quizá de los grifos y cariátides, tiembla y se estremece, lanza vivos y vacilantes reflejos que iluminan por momentos todos los ángulos, todos los huecos del vasto recinto, arroja con furia oleadas de sombra á todas partes, y esparce el terror y el misterio por los rostros y las figuras de los cua-

dros. Despues, sin saber por dónde, se va como si fuese un duende.

El Sr. Ayala, bien guarecido detras de su melena, contempla absorto en esta hora el viaje interesante de la luz. Nadie diria, al verlo con los ojos desmesuradamente abiertos é inmóviles, que preside una sesion de diputados de carne y hueso, sino un congreso de fantasmas y de espíritus.

¡Y quién sabe si lo presidirá! ¡Quién sabe si de allá, de los negros rincones de la estancia, saldrán flotando mil imágenes tristes ó risueñas, de todos colores y apariencias, que irán á formar en el aire y delante de nuestro presidente una mágica asamblea! Siendo así (que me perdone el orador que use á la sazón de la palabra), yo asistiría con más gusto á esos debates invisibles del espacio que á los que debajo de ellos se efectúan.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

CRÓNICA DE LA SEMANA

La política de España ha entrado en ese sopor que constituye su estado preliminar del sueño del verano. Muchas personas de las que intervienen en política con el carácter de diputados se marchan á sus casas á cuidar, durante un par de meses, de sus intereses particulares, descuidados por el afán de fantasmagoría que se ha desarrollado en tantas y tantas notabilidades de campanario; á dar explicaciones á sus electores sobre las faltas y sobras que han demostrado por debilidad de carácter, que es la enfermedad general que sostiene la enfermedad crónica del País, y por ambición y vanidad, que es el vicio de los que, sin precedentes ni elementos, cogen y se meten á políticos porque sí y porque les da la gana; á recibir la penitencia que le imponen sus llamados electores en forma de nuevas exigencias de credenciales, de cruces, de concesiones de carreteras, de recomendaciones y de chinchorrerías; á estudiar las necesidades y las conveniencias de sus familias y amigos, ya que no de los pueblos y de la administración pública, para procurar satisfacerlas á costa del presupuesto, y valiéndose para ello del uso ó del abuso de sus derechos; á exagerar y hacer valer los pequeños servicios que hayan podido prestar

á su localidad, si por acaso han tenido esta suerte ó han sabido aprovechar una de tan escasas proporciones, con objeto de prepararse una nueva elección, que nunca se sabe si está cerca ó lejos, ó cuando ménos hacerse acreedores, aunque sea artificiales, á la gratitud general, como preliminar ó aseguramiento de un caciquismo dulce y provechoso; y á... otra porción de cosas. ¿A qué hemos de continuar enumerando lo que una práctica lamentable ha enseñado á nuestros lectores, sobre todo los de provincias, mucho mejor que á nosotros, residentes en Madrid, donde todo se ve con cristales ahumados?

El presidente del Consejo se marchará á baños para procurar la curación ó el alivio de los dolores reumáticos que padece. El señor conde de Toreno hará también una excursión para acompañar á su señora, segun han dicho los periódicos. El señor ministro de Marina pasará el verano en las aguas de La Granja. El señor marqués de Orovio se bañará en sus ilusiones. El Sr. Cánovas se trasladará á su tradicional residencia veraniega de Cauterets, que para el ilustre jefe del partido liberal-conservador tiene la ventaja de ser extranjera, como sus ideas y sus procedimientos han resultado en la gobernación del País. Los directores, los jefes de administración y hasta los jefes de negociado, se repartirán por los diferentes puertos de mar y casinos de España y del extranjero. La gobernación del Estado y la administración del País continuarán durmiendo, mientras tanto, en la forma de proyectos de reformas, de expedientes y de consultas sin resolver, con grandísimo perjuicio de los intereses materiales de España.

Por supuesto que, entre los proyectos siempre pendientes, que son generalmente los más ventajosos para el País, no debiera quedar de ningún modo (no sabemos lo que sucederá) el relativo á los ferrocarriles del Noroeste, así por el interés que, segun se dice, demuestra el Gobierno en que sea ley cuanto antes, como por facilitar cualquier medio, por defectuoso que sea, para que tengan alguna vez su ferrocarril esos pobrecitos gallegos, que son siempre los primeros en inutilizar los proyectos favorables á su país, y en último término tienen que agarrarse, como á clavo ardiendo, á cualquiera estrella del Norte que prometa montes y morenas, á reserva de cumplir lo que pueda; y sabido es que á nadie puede exigirse más de lo que pueda hacer.

Consideraríamos también como una desgracia que ese proyecto no llegase ahora á una solución tal como la que se desea, porque si es verdad (que no lo sabemos ni hemos estudiado el asunto) que favorece en alto grado las pretensiones y deseos de la empresa de los ferrocarriles del Norte, hija legítima y universalmente reconocida de la sociedad francesa del Crédito moviliario español, es natural que ésta obtenga del Estado, cuando se presenta ocasión propicia, la recompensa de sus buenos servicios al tomar parte alguna vez en las operaciones de Tesorería y facilitar al Gobierno recursos pecuniarios cuando se necesitan.

Fuera de este asunto, que sostiene cierta agitación en la política y en las bolsas, porque hasta en la cotización de los valores públicos dicese que influyen, nada ocurre por ninguna parte, y nuestra crónica de la semana tiene que resentirse de este marasmo.

Ni en el extranjero sucede nada tampoco. Francia y su Gobierno continúan su marcha natural y lógica. Inglaterra sigue la marcha que concluyen por imprimirle los demás, aunque sean los zulús, cuando ella empieza por querer tener iniciativa y resolución. Rusia, amenazada por el Nihilismo, no sabe lo que ha de hacer, como le sucede á todo individuo ó colectividad que se empeña en cerrar los ojos á la luz del progreso, no quiere hacer concesiones al espíritu avasallador de los tiempos, y se encuentra á la vez sin fuerzas morales ni materiales para luchar con enemigos invisibles, más poderosos que todas las fuerzas físicas del Universo. Bélgica se conmueve de vez en cuando ante los esfuerzos titánicos del partido clerical mejor organizado del mundo. Alemania sigue empobreciéndose por causa de sus armamentos perpetuos, y por la persistencia de un sistema político absurdo y despótico. Turquía se desmorona por la organización viciosa de su sociedad y de su familia, al par que su administración, como se desmorona Egipto, reflejo del imperio del sultán, como se desmoronan los poderes autocráticos y teocráticos, que no tienen en su abono ni una razón científica, ni un argumento de sentido común. Portugal vive la vida tranquila pero pasiva que proporcionan el reflejo de Inglaterra y unas cuantas guineas empleadas en el comercio de Oporto.

Nada ocurre por ninguna parte. Hasta la guerra entre Inglaterra y los zulús ha terminado ó está á punto de terminar, según

parece. Al dar esta noticia, dice un telegrama que el simpático rey de aquellos dulces salvajes, Cetiwayo, ha declarado que nunca hubiera esgrimido su lanza contra el ex-príncipe imperial de Francia. A moro muerto, gran lanzada.

La literatura, la ciencia y el arte también duermen. Esperemos. Porque no concedemos la categoría de suceso artístico, como han concedido con harta facilidad las publicaciones diarias, á la primera representación en Madrid de la ópera *El violín del diablo*, escrita no hace mucho tiempo por el maestro Mercuri para que luzca en ella sus facultades de violinista consumada la Sra. Ferni (Carolina), y haga un nuevo personaje diabólico el Sr. Giraltoni. La nueva ópera revela la moderna tendencia á su regeneración, de que hace tiempo viene dando muestras la música italiana; da en este sentido un paso muy grande, el mayor quizá que han dado los compositores italianos después de la *Aida* de Verdi; puede servir con algún esfuerzo hasta de lazo de unión entre la música italiana y la moderna francesa y alemana; pero de todos modos, revela más espontaneidad que estudio, tiene bastantes descuidos é inexperiencias, y carece de toda la unidad que deben tener las obras líricas. Entre el acto segundo, hecho con los mismos procedimientos de Gounod, y el cuarto, que es de poca importancia y pertenece casi por completo á la forma italiana pura, hay una diferencia grandísima. Sin embargo, preciso es confesar que Mercuri en esta obra y Verdi en *Aida* son los maestros italianos que más han hecho hasta ahora en el sentido de acercar la música italiana á los modernos desarrollos del arte. Felicitamos, pues, á Mercuri por *El violín del diablo*, como en su día felicitamos á Verdi por su obra maestra.

M. SOLOGUREN.

P. S. Después de escrito lo que antecede, las Cortes han suspendido sus sesiones, por acuerdo del Consejo de Ministros, tomado según unos por iniciativa del conde de Toreno, y según otros por empeño especial y decidido del general Martínez Campos, y los diputados se entregan de repente al descanso en medio de la discusión de un proyecto importante y sin terminarlo apesar de los intereses que le ayudaban. ¿Ha hecho bien el Gobierno? No puede saberse todavía. Lo único que

puede asegurarse es que el presidente del Consejo ha dado una nueva prueba (muchas tiene que dar todavía para producir resultados palpables) de la que ha dado en llamarse su política propia, aunque las intermitencias que á veces sufre no autoricen por completo á darle ese nombre.

M. S.

A. HERNAN CORTÉS

SONETO.

Tú condujiste al suelo mejicano

De Castilla los bélicos leones,

Y con sólo un puñado de peones

Eclipsaste las glorias del romano.

Á tu vista tembló el americano,

Y asustadas las índicas regiones,

Se inclinaron de España á los pendones,

Que gobernaba tu potente mano.

Quemas las naves al saltar en tierra,

Dando á tu tropa ejemplo sin segundo,

Cuya grandeza á su pesar le aterra.

Mas tú la gritas, con valor profundo:

«Seguidme, compañeros, á la guerra»,

Y doman la mitad del Nuevo Mundo.

LUIS MORENO TORRADO.

MISCELÁNEA

TRÁNSITO SINGULAR.

No siempre se contentan los astrónomos con predecir los tránsitos de los planetas inferiores visibles desde la Tierra. En la última reunion de la Real Sociedad Astronómica de Londres, Mr. Marth llamó la atención sobre un fenómeno que ocurrirá este año, y que posee quizás tanto interés para los astrónomos como un eclipse total del Sol; visible únicamente cerca de uno de los polos. El fenómeno en cuestión sólo se verá desde el planeta Marte. El 12 de Noviembre de este año de 1879, cerca de dos minutos para las dos, tiempo medio de Greenwich, un cuerpo negro y pequeño hará su aparición por el lado del Sur del disco del Sol, en el cual entrará

del todo seis minutos despues y procederá despacio de izquierda á derecha en una direccion algo inclinada hacia la eclíptica de Marte. Cosa de un cuarto de hora despues de las cuatro, otro cuerpo más grande y negro se aproximará al disco, tardando veintidos minutos cabales en remontarlo. Estos dos cuerpos serán la Luna y la Tierra, y se podrán ver de todas partes de los planetas en que se halle el Sol sobre sus horizontes. Pero los observadores colocados en cierta zona tendrán la oportunidad de ver cruzar el disco de ese astro un tercer cuerpo y aparentemente más grande que los demas. Al presente es algo difícil el pronosticar á qué hora precisa hará su aparición el dicho tercer cuerpo, probablemente á las cuatro menos cuarto, mientras la Luna se halla sola en el disco del Sol. Vendrá sí de la derecha y caminará en una direccion oblicua de 20° hacia el Sur, en cuyo punto tocará de paso, por cuya razon los habitantes de Marte tendrán que andar listos si quieren observar los contactos, pues que cuando más y mucho, esto no se verificará si no en 20 ó 30 segundos de tiempo. El repetido tercer cuerpo de que ahora se habla no será otro que Phobos, el infrasatélite de Marte. Pero los observadores de éste se interesarán más en ver el tránsito de la Tierra y de la Luna que el de su propio satélite, porque en el curso de un año marcial, no habrá menos de 1.388 tránsitos de Phobos á través del Sol, visibles ya de una parte, ya de la otra del planeta, al paso que los de Deimos, como se llama el otro satélite suyo, no pasarán de 133. Además, los tránsitos de la Tierra y de la Luna serán de rara ocurrencia, pues habiendo ocurrido el último en 1800, el otro no se verificará hasta el año de 1905. Cosa de un cuarto para las diez, la Luna, que entretanto se habrá acercado aparentemente á la Tierra, abandonará el disco del Sol, y el último contacto externo de la segunda con este astro, ocurrirá á la medianoche, tiempo de Greenwich. Pero ántes del externo contacto, á eso de las once y media, Phobos cruzará el disco del Sol para ciertas estaciones, despues de haber efectuado entre tanto una revolucion completa en torno del planeta.

ORO ARTIFICIAL.

Los Sres. Meiffren y C.^a, de Marsella, han producido aleaciones de diferentes materias en imitacion de oro y plata, que pue-

den sustituir á estos metales preciosos para objetos de ornamentacion. Para obtener una aleacion que presente la apariencia del oro, colocan en un crisol cobre lo más puro que se pueda, platino y ácido túngstico en las proporciones que expresaremos. Fundidos los metales, agitan la mezcla y la granulan vertiéndola en agua que contenga 500 gramos de cal apagada y otro tanto de carbonato de potasa por cada metro cúbico de agua. Dicha mezcla, disuelta en agua, tiene la propiedad de acrisolar mucho más la aleacion. Enseguida se recoge el metal granulado, se seca, y despues se vuelve á fundir en un crisol, añadiéndole cierta cantidad de oro fino. De esta manera se produce una aleacion que vaciada en lingotes presenta el aspecto del oro rojizo del tipo $\frac{750}{1000}$. Este color puede cambiarse variando las proporciones de los diferentes metales. Empleanse como fundente ácido bórico, nitrato de soda y cloruro sodio, previamente derretidos juntos en iguales proporciones. La del fundente que ha de emplearse es 25 gramos por kilogramo de la aleacion. Las proporciones empleadas con preferencia para producir una aleacion de color de oro rojizo son: Cobre 800 gramos, platino 25, ácido túngstico 10 y oro 170.

OBSERVACIONES DESDE GRANDES ALTURAS.

El profesor S. P. Langley, del observatorio de Allegheny, que se halla ahora en Italia, envia al *American Journal of Science and Arts* una breve descripcion del observatorio que va á erigirse en el monte Etna, bajo la direccion del astrónomo Tacchini, de Palermo, á una elevacion de más de 9.600 piés sobre el nivel del mar. Y añade: «Escribo en la esperanza de que el ejemplo dado por Italia haya quien lo imite en nuestro país. Por algun tiempo he estado ya y aún estoy en una elevacion menor (cerca de 4.500 piés) practicando operaciones que quizas sirvan para determinar lo que puede hacerse en iguales sitios de nuestro propio territorio; pues que se encaminan á sustituir datos cuantitativos de alguna clase al conocimiento conjetural que ahora poseemos respecto del grado en que se mejoran las condiciones de la vision, segun la mayor ó menor altura del sitio de las observaciones, al mismo tiempo que formar con más fijeza un tipo de comparacion.

Los resultados (que probablemente aparecerán en un informe que pienso dirigir al cuerpo que opera el bojeo de las costas de los Estados Unidos) no he podido reunirlos todavía en la debida forma; pero puedo decir en términos generales que, mientras por lo que toca á las observaciones de precision, quizas tambien por lo que toca á los trabajos con las estrellas dobles y otros semejantes, la ganancia es menor de lo que pudiera esperarse, no pueden ponderarse demasiado las ventajas de una estacion elevada para casi toda especie de pesquisas relacionadas con la física solar.

Tal es, especialmente, el caso en lo referente á la cromo-esfera, al paso que en lo referente á lo corona, desde luégo nuestra única esperanza (con los medios que actualmente poseemos) de extender nuestro conocimiento material sobre ella, depende de que logremos verla sin eclipse, si el observador se halla situado en una atmósfera de perfecta transparencia. Añadiré que, con el recuerdo fresco en la mente de lo que ví en Colorado y de lo que estoy viendo aquí cerca de las condiciones para la observacion celeste, no titubeo en decir que en nuestro país hay sitios por lo ménos iguales á la propuesta estacion en el monte Etna, y de mucho más fácil acceso.»

EL ZUMBIDO DE LOS INSECTOS.

Creian los antiguos naturalistas que el zumbido de los insectos se producía solamente con las vibraciones de sus alas; pero se abandonó esta opinion cuando probó Reaumur que, privado de ellas un moscon, continuaba en zumbir. Conforme á M. Jousset de Bellesme, que ha investigado el asunto, los insectos zumbadores emiten dos sonidos,—uno grave cuando vuelan y otro agudo cuando se posan. El primero acompaña siempre á las grandes vibraciones de las alas, es decir, comienza tan luégo como éstas se mueven y cesa así que se le cortan. Por el contrario, el sonido agudo nunca se produce durante el vuelo del insecto; únicamente se observa, aparte de las grandes vibraciones de las alas, cuando aquél reposa, ó cuando se le sujeta de modo que se le impida moverlas, en cuyo caso se puede ver que están animadas de un rápido temblor.

Asimismo se produce cuando se priva al

insecto de las alas. Débese dicho sonido á la vibración del tórax. Su forma cambia con cada movimiento del ala bajo la influencia de la contracción de los músculos torácicos. Como las masas musculares dispuestas para el vuelo son tan potentes, es muy intenso el movimiento del tórax, como puede probarse sujetando entre los dedos un moscardón. Y como se repiten las vibraciones doscientas y trescientos veces por segundo, se produce un sonido musical, ó nota aguda. En una palabra, por ese modo directo se pone en vibración el aire que rodea al tórax y sin el auxilio de las alas.

VASIJA DE BARRO VIDRIADA.

En el *American Naturalist* el profesor Henry Gillman describe un vaso de barro sacado de un túmulo cerca de la costa meridional del lago de Santa Fe, en la Florida. Afecta la forma de una cuerda ó soga de barro en espiral hacia arriba. Lo más extraño y singular de esta vasija prehistórica consiste en el vidriado interior de la misma, siendo así que hasta ahora no se ha encontrado otra de su especie en la Florida. Los indios de Pueblo Viejo, en el distante Oeste, si es verdad que han hecho en lo antiguo vasijas de barro vidriadas, cuyos restos se han encontrado en abundancia. Es probable que la vasija de la Florida sea de antigüedad más remota, aunque de esto no hay prueba positiva. Lo que sí aparece bien notable es que, no obstante que los indios de Pueblo Viejo, en Arizona, hagan vasijas en forma espiral con un cilindro angosto de barro, según lo hacían otros indios antiguamente, se haya perdido entre ellos el arte de vidriarlas.

TEATROS.

En la semana anterior se ha presentado en el Teatro del Príncipe una notabilidad: el Sr. Pongo, ó sea el hombre-mono, á cuyo animal imita admirablemente en todos los gestos y contorsiones, lo cual le vale todas las noches una buena cosecha de aplausos. También son muy aplaudidos Holtum y su esposa. Los bailes y demás partes de los espectáculos son también del agrado del público que concurre á este teatro.

—En el Circo de Price ha debutado el señor Wainrata, que viene á Madrid precedido de una reputación europea. Los ejercicios que verifica son verdaderamente notables, pues sobre un alambre delgadísimo, á toda la altura del circo, y sin balancin ni red de salvamento, hace grandes equilibrios sobre el alambre, juega los aros, se desnuda el frac, el pantalón y el chaleco, fuma y corre con gran velocidad.

Además se ha presentado el célebre y popular clown Billy Haiden, el cual ha tenido una ovación, y todas las noches es sumamente aplaudido en sus nuevos y notables juegos y ejercicios.

Los niños florentinos, el Sr Velle y demás nuevos artistas, son objeto de grandes aplausos por parte del público que todas las noches llena el circo.

—En los Jardines del Retiro concurre mucha gente, por lo ameno del sitio, pues novedad no ha presentado ninguna.

CRÓNICA DE LA MÚSICA, NÚM. 44.

TEXTO.—I. Glorias nacionales. Artículo VII. El plan de este trabajo. Recompensas. Los propósitos y las capacidades. Datos importantes. Rectificaciones.—II. Voz y canto (artículo segundo y último) por Giovanni Frojo.—III. El sepulcro de Eslava, por J. M. Esperanza y Sola.—IV. *El violín del diablo*, ópera nueva del maestro Mercuri, puesta en escena por primera vez en Madrid por la compañía que dirigen Carolina Ferni y Giraldoni en el teatro de la Alhambra.—V. Una polonesa de Jimenez, estrenada en Madrid por la sociedad «Union artístico-musical».—VI. Noticias varias: El balance de la temporada en el teatro Real de Berlín. Marcha fúnebre por el maestro D. Pablo Hernandez. La mujer-cuarteto.

MÚSICA.—I. *La Traviata*, gran transcripción para piano por N. R. Espadero. (Conclusión, tres páginas.)—II. *Clavel-Polka*, para piano, por C. de Sidorowitch (cinco páginas).